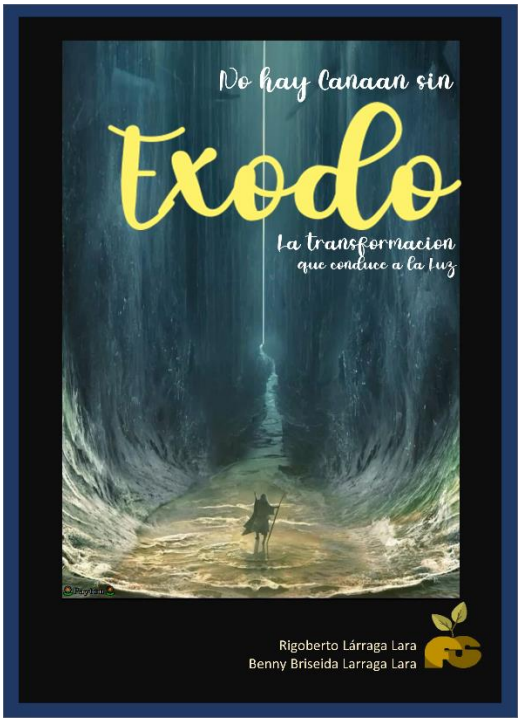
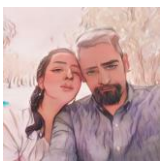

No hay Canaan sin
Exodo
La transformacion
que conduce a la luz
Rigoberto Lárraga Lara
Benny Briseida Larraga Lara

Página legal

No Hay Canaán sin Éxodo:

La Transformación que Conduce a la Luz



Rigoberto Lárraga Lara
Benny Briseida Larraga Lara

ISBN 9798859537173
Editorial: Shalom en la Tierra
Redactor: Dra. Absalón Nab
© Frutos de Salvación AR
Primera edición en español 2025
México

PRÓLOGO

Todo viaje espiritual comienza con un llamado. No un llamado suave, sino uno que sacude los cimientos del alma, que despierta al hombre dormido en sus tinieblas y le hace reconocer que ha vivido demasiado tiempo en la esclavitud del pecado. Así como Israel suspiraba por libertad bajo el yugo de Egipto, todo ser humano que ha probado el amargo sabor de la adicción, la culpa, la soledad y la desesperanza, comprende que necesita un Éxodo. Una salida. Una ruptura decisiva. Un antes y un después marcado por la intervención poderosa de Dios.

Este libro nace para recordarte que nadie llega a Canaán por accidente. Nadie llega a un futuro de luz, propósito y servicio permaneciendo en las cadenas del pasado. El Dios que abrió el Mar Rojo sigue

abriendo caminos donde no los hay; el Dios que alimentó a un pueblo en el desierto, sigue proveyendo gracia a quienes han perdido todo; el Dios que derribó las murallas de Jericó sigue derribando adicciones, miedos, traumas, y patrones que parecían invencibles.

La historia de Israel es también la historia del hombre que reconoce su miseria, clama por socorro, y es rescatado por la mano fuerte de Dios. Es la historia del adicto que tocó fondo, del hijo pródigo que desperdició su vida, del padre que perdió el rumbo, de la mujer que ya no encontraba esperanza, del joven que se sintió atrapado por el pecado… y que un día, en la noche más oscura, escuchó la voz del Salvador: "He visto tu aflicción. He oído tu clamor. He descendido para librarte".

Este libro es para ti, que estás en camino, que ya saliste de Egipto o estás a punto de hacerlo. Para ti que has sido liberado, limpiado, restaurado y levantado. Para ti que has visto milagros, pero también batallas. Para ti que marchas hacia tu

Canaán, con cicatrices que hoy son testimonio de la gracia. Para ti que sabes que la verdadera libertad no se encuentra en la fuerza humana, sino en la fidelidad de Cristo, nuestro Capitán.

Aquí descubrirás que cada proceso —la salida, el desierto, las caídas, las murallas— tiene un propósito eterno: formarte, purificarte, y hacerte un siervo útil en las manos del Rey. Porque quien fue rescatado por Dios ya no vive para sí mismo… vive para la gloria del que lo salvó.

No temas al camino. No temas a las batallas. No temas a los gigantes. Dios va delante de ti.

Bienvenido a tu Éxodo.

Bienvenido al viaje que conduce a Canaán.

Lic. Psc. Margarita Lara Vázquez

No Hay Canaán sin Éxodo:

La Transformación que Conduce a la Luz

Nunca había valorado el libro de Éxodo en su verdadera dimensión hasta que me descubrí a mí mismo como parte de su historia. Cuando me vi reflejado en sus páginas, comprendí la profundidad y la importancia de esta Escritura sagrada.

Te invito a hacer lo mismo. Éxodo no es solo un relato antiguo; es una guía viva que ilumina nuestro camino en la experiencia cristiana, conduciéndonos hacia la tierra prometida, donde no habrá más llanto, ni dolor ni angustia. Allí, el Sol de Justicia brillará con tal intensidad que nuestro gozo será eterno.

Para llegar a tan glorioso destino, es necesario un éxodo. Deberás salir de tu zona de confort y dar pasos de fe hacia un destino eterno de paz, gozo, justicia, amor y misericordia. Comencemos con una promesa: “Escuché tu clamor y tu gemir todo el día; te ayudaré y te daré libertad”.

La redención inicia cuando un alma afligida, abatida y en ruinas, clama por la ayuda de Dios. Ese clamor nace de un corazón quebrantado, que

se acerca en actitud de humillación, reconociendo su derrota y aceptando que las propias fuerzas no bastan para salir de la condición en la que se encuentra. Al mismo tiempo, reconoce que Dios puede ayudarnos y, aún más, que desea hacerlo.

Dios, que lo sabe todo y está en todo lugar, escucha nuestro clamor y se acerca a nosotros con misericordia. Él tiene un plan y nos anuncia una buena noticia: el día de tu redención ha llegado. Su llamado es claro: “Clama a mí, y yo te responderé y te enseñaré cosas grandes y ocultas que tú no conoces” (Jeremías 33:3).

Dios declara que tiene un propósito eterno, y para cumplirlo envió a Su único Hijo, Jesucristo, a rescatarnos. Cristo vino a dar el pago por nuestra libertad, porque “de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16).

Si tú crees en Jesucristo, Él te rescatará a precio de sangre, y no solo te librará de la perdición, sino que te dará vida plena, eterna y abundante (Juan 10:10). Con ese acto glorioso de amor, Dios te adopta como hijo: “Mas a todos los que le recibieron… les dio potestad de ser hechos hijos de Dios” (Juan 1:12). Serás libre, apartado para Él, y

sostenido por Su pacto eterno: “Con amor eterno te he amado” (Jeremías 31:3).

Él estará contigo; Su protección será tu refugio (Salmo 91), Él será tu proveedor (Filipenses 4:19) y tu pastor, de modo que “nada te faltará” (Salmo 23:1). Miles de promesas se activan por un acto de fe, un acto provocado por la gracia de un Dios amoroso, justo y misericordioso, que sale al encuentro del pecador para transformarlo y llevarlo a su verdadera libertad.

Creer esta verdad marca el inicio de un viaje cuyo destino final es el cielo, ese lugar glorioso donde reina el Creador del universo. Te invito a comenzar este viaje juntos.

Si estás atravesando una gran aflicción, un dolor profundo, un tiempo de frustración, temor, depresión o soledad; si la adversidad ha aumentado, tus enemigos se han multiplicado y tus fuerzas se han ido agotando… hoy es el tiempo. Clama. Él te responderá, tal como respondió a Su pueblo.

El pueblo de Dios era esclavo de Faraón, un gobernante cruel que aumentó la carga y disminuyó el sustento. Era abuso, opresión y aflicción continua. El pueblo, cansado y

quebrantado, clamó y gimió como un niño que, después de largas horas de llanto, termina sollozando por puro desconsuelo y dolor.

Y fue entonces cuando Dios escuchó. “Y oyó Dios el gemido de ellos, y se acordó de su pacto…” (Éxodo 2:24). Fue allí cuando Él actuó y declaró: “He visto la aflicción de mi pueblo… he oído su clamor” (Éxodo 3:7). En otras palabras: “Escuché tu clamor y tu gemir que era todo el día”.

Así como Dios escuchó a Israel, también te escucha a ti. Su oído no se ha endurecido ni Su mano se ha acortado. Cuando un corazón humillado clama con sinceridad, el cielo responde. Y así inicia todo éxodo: con un clamor que llega al corazón de Dios y con un Dios que se levanta para salvar.

Dios trazó un plan, un plan perfecto para sacar a Su pueblo de Egipto. En la Escritura, Egipto simboliza la esclavitud; también representa el pecado y el sistema de perversión de este mundo caído. Así como Dios libertó a Israel de la opresión de Faraón, también desea liberarte de la esclavitud del pecado que domina al ser humano sin Cristo.

La Biblia declara que el hombre lejos de Dios está muerto espiritualmente (Efesios 2:1), y por lo tanto

es esclavo del pecado. El hombre sin Dios no hace lo bueno porque no puede (Romanos 8:7-8). El pecado es su señor, y él le obedece. De la misma manera que Israel obedecía a Faraón, así el adulterio, la mentira, la ira, la envidia y la altivez dictan órdenes, y el ser humano termina obedeciendo.

La idolatría, la hechicería, la brujería y la herejía imponen su voz y el pecador responde a sus impulsos. El orgullo, el rencor, la amargura, las adicciones y la soberbia toman el control, dirigen la vida y provocan sufrimiento, no solo a quien padece su dominio, sino también a quienes están a su alrededor.

La factura del pecado siempre es la misma: sufrimiento, dolor, angustia, frustración y fatiga. “Porque la paga del pecado es muerte” (Romanos 6:23). Sin embargo, en medio de ese estado de ruina, cuando comenzamos a clamar y a reconocer nuestra necesidad de Dios, Él se acerca. Nuestro clamor no inicia la historia; solo revela lo que Dios ya había comenzado. Él es quien toma la iniciativa: acerca Su oído, inclina Su corazón y nos busca con amor eterno.

Él tiene un plan. Así como sacó a Israel de su miseria, Él puede sacarte a ti de la miseria donde

vives. Su propósito es redimirte, limpiarte, levantarte y llevarte a una vida nueva, libre y plena en Cristo Jesús.

Dios, el Creador del universo, es compasivo, benevolente y misericordioso. Él se acercó al hombre caído, y no escatimó Su trono de gloria. En obediencia al Padre, vino Jesús: nació de una virgen, anunció el Reino, vivió sin pecado y murió en una cruz, pagando así nuestro rescate. Pero la historia no terminó allí. Al tercer día resucitó, se presentó ante más de quinientos testigos durante cuarenta días (1 Corintios 15:6), y luego ascendió al cielo, donde reina a la diestra del Padre (Hebreos 1:3). Y la Escritura afirma que vendrá pronto por Su iglesia (Apocalipsis 22:20).

Fue Jesús quien dio el primer paso. Él se acercó, Él buscó lo que se había perdido (Lucas 19:10), Él nos amó primero (1 Juan 4:19), Él tomó la iniciativa, y Él respondió a nuestra profunda necesidad de salvación. Si clamamos a Cristo, Él nos justificará, nos redimirá y nos abrirá el acceso al Padre, porque “nadie viene al Padre sino por mí” (Juan 14:6). Solo a través de Él podemos reconciliarnos con Dios y caminar en una nueva vida.

Regresemos ahora a Moisés. Moisés tenía unos cuarenta años y servía a su suegro Jetro, cuidando

ovejas en el desierto de Madián. Era un hombre escondido, viviendo lejos de Egipto, lejos de su pasado y lejos del propósito que Dios tenía para él.

Un día, mientras pastoreaba, vio a lo lejos algo extraordinario: una zarza que ardía, pero no se consumía (Éxodo 3:2). Intrigado, Moisés se acercó para observar mejor, y fue entonces cuando Dios lo llamó. Desde aquella zarza ardiente, la voz divina se escuchó clara y solemne: “Quita el calzado de tus pies, porque el lugar donde tú estás, tierra santa es” (Éxodo 3:5).

Aquel encuentro transformó la vida de Moisés, y así también cada encuentro genuino con Cristo transforma la nuestra. Dios sigue llamando, sigue acercándose, sigue invitándonos a quitar el calzado del orgullo, del pecado y de la autosuficiencia, para entrar descalzos, humildes y obedientes a Su presencia.

Dios se identifica, se presenta y se muestra. Es Él quien toma la iniciativa. Dios se acerca porque ha escuchado el clamor de Su pueblo, y ahora se revela a Moisés. En aquel encuentro santo, Dios abre Su corazón y da a conocer Su plan. Le muestra a Moisés lo que hará y cómo lo hará. Dios siempre tiene un plan perfecto, y dentro de ese plan

decide utilizar instrumentos humanos para cumplir Su propósito eterno.

Moisés no fue la excepción. Dios le dijo: “Ve, porque yo estaré contigo” (Éxodo 3:12). Y además añadió promesas que sostenían su llamado. Dios lo sabía todo: sabía que Faraón endurecería su corazón, sabía que se opondría, sabía que intentaría retener al pueblo. Pero Dios no improvisa. Él no reacciona; Él gobierna. Su sabiduría es eterna y Su propósito no puede ser frustrado.

La mano del Todopoderoso ya estaba extendida. Jehová ya tenía preparadas las plagas que sacudirían Egipto. Ya tenía dispuesto el juicio final, cuando el ángel de la muerte pasaría por la tierra. Y también había preparado desde la eternidad el milagro del Mar Rojo, para que sus aguas se abrieran en dos ante los ojos del pueblo. El camino estaba listo antes de que Israel diera un solo paso.

Todo conducía hacia la meta: llevar a Su pueblo a Canaán, la tierra donde fluye leche y miel. La tierra que prometió a Abraham, Isaac y Jacob (Éxodo 3:8). Un lugar preparado por Dios, un destino asegurado por Su pacto, una herencia que ningún enemigo podría arrebatar.

Así obra Dios: revela Su plan, llama a un siervo, despliega Su poder y cumple Su palabra. Y así también obra en nosotros hoy. Él escucha, Él se acerca, Él llama, Él libera, Él guía y Él cumple Sus promesas.

Con mano fuerte y mano poderosa sacaría Dios a Su pueblo de Egipto. Faraón no estaba dispuesto a dejar ir a los israelitas; Dios ya lo sabía. Sin embargo, Él tenía un plan perfecto y comenzó a ejecutar juicios que derrumbarían la soberbia del imperio más poderoso de su tiempo.

La primera herida divina cayó sobre uno de los mayores ídolos de Egipto: el río Nilo. Dios convirtió sus aguas en sangre (Éxodo 7:20). El Nilo era la fuente de vida del imperio, uno de los ríos más caudalosos y largos del mundo. De él dependía la agricultura, la economía, el comercio, e incluso la religión egipcia. Su prosperidad urbana y militar existía gracias a ese río. Con un solo acto, Dios golpeó al corazón del sistema egipcio y humilló al dios que ellos adoraban como su proveedor.

Luego, Dios desmanteló la economía de Egipto por medio de plagas que devastaron el campo, destruyeron el ganado y afectaron a su población. Todo ocurrió mientras sus sacerdotes y dioses falsos se quedaban impotentes, incapaces de

detener el juicio del Dios verdadero. Cada plaga era un mensaje claro: no hay otro dios fuera de Jehová. Cada plaga representaba a un ídolo derrotado, un poder demoniaco humillado, una mentira expuesta ante el Creador del cielo y de la tierra.

Finalmente, vino el golpe más devastador: la muerte de los primogénitos de Egipto, incluyendo al heredero al trono, el hijo de Faraón (Éxodo 12:29). Con este juicio, Dios destruyó el futuro del imperio, la esperanza de su continuidad, la siguiente generación de líderes. Egipto quedó de rodillas. Faraón, que se había creído dios, experimentó la fragilidad de su poder ante el Dios que da vida y la quita.

Así, mano poderosa tras mano poderosa, Dios quebrantó a un imperio para liberar a Su pueblo. Y así también puede quebrantar hoy todo aquello que se levanta como faraón en tu vida: el pecado, las cadenas, los ídolos, las opresiones. Porque cuando Dios decide liberar, nada puede detenerlo.

A esto se refería Jehová cuando dijo: “Los sacaré con mano fuerte” (Éxodo 6:1). Nada ni nadie podía resistir Su poder. Y el acto culminante de esta liberación ocurrió cuando Moisés condujo al pueblo a través del Mar Rojo en seco.

Los geógrafos ubican el punto más estrecho del Mar Rojo en un tramo de aproximadamente 14 kilómetros, con depresiones que alcanzan hasta 118 metros de profundidad. Humanamente, es imposible atravesarlo sin morir ahogado. Sólo un poder absolutamente divino podía separar aquellas aguas, sostenerlas como muros y abrir un camino seguro para que cerca de 750,000 hombres en edad adulta, además de más de 2,300,000 mujeres, niños y ancianos, caminaran en seco hacia la libertad.

Pero el milagro no termina allí. Cuando Faraón y su ejército —sus carros de guerra, sus caballos, sus arqueros y espadachines, el arsenal más temido del mundo antiguo— estaban a punto de alcanzar al pueblo, Dios actuó una vez más. Las aguas que Él había abierto con Su mano poderosa, Él mismo las cerró. Y en un solo instante terminó con el poderío militar más poderoso del mundo conocido.

Faraón, que se consideraba a sí mismo un dios, quedó humillado. Egipto, que se creía invencible, fue derrotado sin que Israel levantara una sola espada. Jehová peleó por ellos (Éxodo 14:14).

Con mano fuerte tenemos un Dios que nunca ha perdido una batalla. Él no conoce la derrota. Él estaba con Moisés y con Su pueblo, y sigue

estando con todos los que hoy claman por Su ayuda.

Esta historia se repite cada vez que un pecador intenta salir de su vida de esclavitud. Cuando alguien decide dejar el pecado y volver a Dios, las adicciones, los temores y las circunstancias suelen oscurecerse y volverse más adversas. Faraón nunca soltó a Israel fácilmente; así tampoco el pecado suelta con facilidad al hombre.

Pero es precisamente allí donde el que cree y obedece da su primer paso hacia la libertad. La fe siempre demanda movimiento. Cuando creemos, nos trasladamos —por la obra de Cristo— de una condición de tinieblas a una de luz. Solo Jesucristo puede hacer eso posible. Él nos libró de la potestad de las tinieblas y nos trasladó al reino de Su amado Hijo (Colosenses 1:13). Él nos saca de la esclavitud a la libertad, de la muerte a la vida, de la oscuridad a la claridad.

Jesucristo es admirable. Su obra es gloriosa. Y así como Dios libertó a Israel con mano fuerte, también hoy Dios con mano fuerte te librará si crees en Su Hijo.

El pueblo de Israel no tuvo que pelear, ni negociar, ni resistir por sus propias fuerzas. Lo único que tuvo

que hacer fue creer, obedecer y seguir a Moisés, el mensajero enviado por Dios. De la misma manera, nosotros creemos, obedecemos y seguimos a Cristo, nuestro Salvador, nuestro guía y nuestro libertador.

La última noche en Egipto, Dios dio una instrucción clara: manchar los dinteles de las puertas con la sangre de un cordero sin defecto (Éxodo 12:7). Ese acto profético señalaba directamente a Cristo, el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo (Juan 1:29). Su sangre derramada en la cruz nos redime, nos limpia y nos salva.

Aquellos que creyeron y obedecieron aquella orden fueron librados del ángel de la muerte, quien pasó por Egipto y quitó la vida de los primogénitos. Aquellos que no creyeron, cayeron en juicio. La diferencia entre vida y muerte aquella noche fue la sangre del cordero. Y hoy sigue siendo igual: la diferencia entre condenación y salvación es la sangre de Jesucristo aplicada a nuestro corazón por medio de la fe.

La obediencia es la evidencia visible de nuestra fe. En los primeros pasos de la vida cristiana, esta obediencia marca una diferencia profunda entre quienes simplemente oyen y quienes verdaderamente creen. Nuestra fe se valida y se

fortalece cuando respondemos a Cristo con sumisión y fidelidad. Jesucristo es galardonador de los que le creen, de los que le obedecen y deciden seguirle con corazón sincero. Su llamado sigue siendo el mismo: “Cree en mí y sígueme.” Y es justamente allí donde la historia de cada creyente comienza.

Muchos han oído estas palabras a lo largo de los siglos. Algunos han creído y se han levantado para seguirle. Otros, aunque escucharon, dudaron en su corazón y decidieron no caminar tras Él. Esta realidad me recuerda al joven rico que se acercó a Jesús con una pregunta aparentemente sincera: “¿Qué debo hacer para heredar la vida eterna?” Jesús, con sabiduría divina, lo remitió a la ley. El joven respondió con seguridad que había cumplido los mandamientos desde su juventud.

Pero Jesús, que escudriña los corazones, identificó un obstáculo escondido: un amor desordenado por sus riquezas. Un apego que ocupaba el lugar que solo Dios debía ocupar. Entonces el Señor le dijo que se despojara de aquello que le impedía seguirle con libertad. El joven, al oír esto, se entristeció profundamente y se alejó, porque su corazón estaba atado a lo que poseía.

Así sucede también hoy. La obediencia revela dónde está nuestro tesoro. Algunos escuchan a Cristo, creen y se rinden. Otros oyen, pero no obedecen, porque hay algo en su vida que aman más que al Señor.

Este joven representa a muchos de nosotros: personas que hemos escuchado la Palabra, que anhelamos ser salvos, ser libres, tener una vida plena y eterna… pero que aún amamos más al mundo y a sus placeres. Su historia revela una verdad innegociable: seguir a Cristo nos costará todo. No una parte, no algunos aspectos, sino todo lo que somos.

La Escritura declara con firmeza que quien no aborrece —es decir, quien no pone en segundo lugar— a padre, madre, hermanos, e incluso su propia vida, no es digno de ser llamado discípulo de Cristo. Esto no habla de desamor, sino de prioridades. El Señor demanda un amor supremo, una obediencia total, un corazón indivisible.

Es tiempo de dejar los placeres del mundo, los deseos de la carne y la vana gloria de la vida. Es tiempo de colocar en primer lugar agradar a Dios, ofreciendo nuestra vida como sacrificio vivo, santo y agradable a Él, como lo enseña Romanos 12:1. La fe verdadera siempre nos moverá a rendición,

no a comodidad. A renunciar a Egipto, aunque en Egipto haya ajos, cebollas y una falsa sensación de confort. Muchos prefieren su esclavitud porque les resulta familiar, pero Cristo nos llama a una libertad que exige valentía y confianza.

La incertidumbre consume a algunos: "¿Qué pasará si entrego completamente mi vida y mi confianza a Jesús?" Surgen preocupaciones, ansiedades, temores de perder el control del futuro. Pero el creyente debe aprender que Dios nunca pierde el control, aun cuando nosotros no tengamos ninguna respuesta a la vista.

Recordemos a Moisés. Salió de Egipto al frente de más de tres millones de personas. Pero a pocos días de camino se encontró en una situación imposible: frente a él estaba el Mar Rojo, una barrera infranqueable; detrás, el Faraón furioso, comandando el ejército más poderoso del mundo conocido, con sus carros, sus espadas y sus arcos preparados para destruirlos. Humanamente, no había escapatoria. Humanamente, estaba perdido. El pueblo, recién liberado, sintió en carne propia la mezcla de ansiedad, incertidumbre y temor. Ya eran libres, pero todavía estaban en peligro.

Así sucede con muchos creyentes hoy. Salieron de Egipto espiritualmente, dejaron atrás sus cadenas,

pero enfrentan obstáculos que parecen gigantescos. El enemigo los persigue con recuerdos, tentaciones, miedos, acusaciones y ansiedades. El camino parece cerrado y la angustia crece. Pero es precisamente en esos momentos cuando Dios muestra Su poder, Su fidelidad y Su propósito.

Así son los primeros pasos de un cristiano. Jesús nos hace libres, nos saca de la esclavitud del pecado, nos separa de la oscuridad que antes nos dominaba; sin embargo, aún quedan cosas por resolver. Años de pecado dejan consecuencias: adversidades, conflictos, heridas, pensamientos torcidos, hábitos destructivos. Hay secuelas de mentira, adulterio, altivez, egoísmo y todo aquello que formó parte de nuestra vida sin Cristo. Dios nos libera en un instante, pero nos transforma a través de un proceso.

En ese proceso, nuestra confianza debe permanecer firme en Jesucristo. Él es fiel para completar la obra que comenzó. Él obrará con mano fuerte. Él es quien pelea nuestras batallas cuando aún estamos temblando en nuestros primeros pasos.

Pero, al igual que Moisés, muchos ponen pretextos. Moisés mismo dijo a Jehová que

buscara a alguien más apto, más capaz, más elocuente, con más habilidades. Moisés reconoció que no tenía la fuerza ni la capacidad para enfrentar al Faraón, el hombre más poderoso del imperio. Este sentimiento es común también en quienes comienzan su caminar con Cristo: “No soy digno”, “no tengo la fuerza”, “no puedo con esto”, “no tengo lo necesario”.

Aun así, el Señor —que conoce el corazón humano mejor que nosotros mismos— decidió enviar a Moisés. Dios lo escogió, no por su capacidad, sino por Su propósito eterno. Lo mandó con seguridad, con respaldo y con una asignación divina que no dependía del talento humano, sino del poder celestial.

Dios estuvo con Moisés todo el tiempo, con mano fuerte. Cada plaga, cada señal, cada acción sobrenatural no era producto de Moisés, sino del Dios Todopoderoso obrando a través de un siervo débil pero obediente. No era la fuerza de Moisés, ni su sabiduría, ni su elocuencia, ni su autoridad humana.

Era el Dios creador del universo, Aquel que no tiene límites, Aquel cuyos recursos son inagotables, quien estaba sacando a Su pueblo de Egipto. Él había planeado cada detalle, usando Su soberanía,

Su poder y Su autoridad para vencer y humillar a Faraón, y con él, a todo el imperio más poderoso del planeta.

Lo mismo sucede con cada creyente que decide seguir a Cristo. No es tu fuerza la que te hará vencer. No es tu capacidad la que romperá cadenas. Es la mano fuerte de Dios actuando en favor de un hijo que confía. Él sigue siendo el mismo Dios que abre mares, que derrota imperios, que libera esclavos y que rompe yugos con Su poder.

Moisés tan sólo sería un instrumento para la gloria de Dios. No era su fuerza, no era su voz, no era su experiencia; era el plan soberano de Dios ejecutándose por medio de un hombre común. Lo mismo quiere hacer Dios con tu vida. Él no busca personas perfectas, busca corazones dispuestos. No está esperando que seas fuerte; Él será tu fuerza. No está esperando que seas capaz; Él capacita a quien llama.

El Señor te sacará de la esclavitud con mano fuerte, y te usará como instrumento a pesar de tus limitaciones humanas, de tus debilidades, incapacidades y pretextos. Esa es la esencia del evangelio: Dios usando a lo débil para avergonzar

a lo fuerte, a lo necio para confundir a lo sabio, a lo vil para manifestar Su gloria.

Tan sólo cree, obedece, sirve, y sigue a Jesucristo. Ríndete ante Su majestad. Camina en santidad, viviendo apartado para Su gloria. Alábale y exalta Su nombre. Él merece toda nuestra adoración, porque nos sacó de las tinieblas a la luz admirable. Como dice Pedro, nos llamó "de las tinieblas a Su luz admirable para anunciar las virtudes de Aquel que nos salvó".

Jesucristo es admirable.

Regresemos a la escena inicial. Moisés, en su rutina diaria de pastor, caminando en el desierto, cuidando ovejas ajenas, lejos de palacios, lejos de grandeza, lejos de cualquier expectativa de trascendencia. Allí, en la soledad y el silencio del desierto, observa algo imposible: una zarza que arde, pero no se consume. Algo extraordinario en medio de lo cotidiano; lo divino irrumpiendo en lo humano.

Moisés se acerca y escucha la voz de Dios. El Señor se presenta, se revela, se da a conocer. Y en esa revelación declara Su nombre glorioso: "Yo Soy", el que eternamente es, el que no cambia, el que no depende de nada ni de nadie, el

autosuficiente, el eterno, el soberano, el inmutable, el Dios que existe por Sí mismo y sostiene todas las cosas por Su poder.

Ese mismo Dios es quien te llama hoy. El "Yo Soy" de la zarza ardiente sigue siendo el mismo "Yo Soy" que te salva, te transforma y te envía.

Dios usa instrumentos humanos para sus propósitos divinos, gloriosos y extraordinarios, manifestando así Su poder y Su gloria. Lo que Jehová le pidió a Moisés fue algo sorprendentemente sencillo: convertirse en un mensajero. Nada más. Nada menos. Dios no le pidió dominar la diplomacia, la guerra o la estrategia militar. Sólo le pidió que fuera y dijera lo que Dios ya había determinado hacer.

"Ve y dile a Faraón que sacaré a mi pueblo con mano fuerte."

Jehová no le dijo: "Prepárate con diez años de entrenamiento, domina la espada, diseña un plan, crea una estrategia política y derroca al imperio egipcio." No, no fue así. Y no fue así porque, humanamente, la tarea era imposible. Ningún hombre podría enfrentar al gobernante más poderoso del mundo sin ejército, sin armas, sin

riqueza, sin influencia, sin prestigio, sin alianzas, sin tecnología.

Si esta historia la contara Hollywood, Moisés tendría un arsenal imposible: helicópteros, armas nucleares, drones, satélites, hologramas, inteligencia artificial, nanobots, un martillo forjado en Asgard, el escudo de vibranio del Capitán América, o la capacidad de encogerse y expandirse como Ant-Man. Y aun así la ficción moderna lucharía por explicar cómo un solo hombre podría vencer y humillar al Faraón.

Pero la Escritura nos muestra otra cosa completamente distinta. El triunfo no radica en Moisés. No se trata de su fuerza, de su habilidad, ni de su inteligencia. El poder está en Dios, y la gloria es enteramente de Dios.

Lo único que Dios pidió a Moisés fue obediencia.
Lo único que Moisés puso fue disponibilidad.
Esto revela un principio eterno:
Cuando Dios tiene un propósito, Él no necesita tus recursos, Él te pide tu obediencia.
Dios ya había determinado cada detalle. Nada era improvisado.
– Ya tenía listo el poder que humillaría a Egipto.
– Ya tenía las plagas preparadas.
– Ya tenía al ángel de la muerte asignado.

– Ya había señalado el Mar Rojo como escenario de Su gloria.
– Ya sabía cómo quebrantaría la soberbia del imperio más poderoso del mundo.
Porque Dios es soberano.
Él determina lo que hará.
Él decide los tiempos.
Él ordena los eventos.
Él ejecuta Su voluntad sin pedir permiso, sin consultar a nadie, sin considerar el voto de ningún consejo.
Nadie le puede decir: "¿Qué haces?"
Nadie puede detener Su mano.
Nadie puede frustrar Sus planes.
Él es Dios. Soberano. Alto y Sublime.
Rey de reyes y Señor de señores.
El que abre y nadie cierra.
El que cierra y nadie abre.

Y a ese Dios, a ese mismo Dios que llamó a Moisés, es quien hoy te llama a ti.

Dios pelea por Sus hijos.

Aquellos que han creído en Jesucristo como Señor y Salvador reciben, por gracia, la potestad, el derecho legal y espiritual de ser llamados hijos de Dios (Juan 1:12). Y ser hijo conlleva una promesa gloriosa: Dios pelea por nosotros.

Muchas veces el cristiano atraviesa circunstancias que parecen insoportables. Luchas internas y externas, sufrimientos que desgarran el alma, angustias que oprimen el corazón, momentos donde la fe parece desvanecerse y la esperanza se apaga como una lámpara sin aceite. Son tiempos en los que el enemigo susurra mentiras: "No vas a salir", "Dios no te oye", "Estás solo".

Pero la verdad bíblica es otra:

En medio de cualquier batalla, el cristiano nunca está solo.
El Señor está con Sus hijos.
El Señor pelea por ellos.
El Señor sostiene, guarda, defiende, fortalece y levanta.
Por eso Moisés dijo al pueblo, con voz firme y esperanza divina:

"Jehová peleará por vosotros, y vosotros estaréis tranquilos."

(Éxodo 14:14)

Nótese el orden:

Primero, Jehová pelea.

Después, el creyente descansa.

La confianza del cristiano no se basa en sus propias fuerzas, ni en su carácter, ni en su valentía, ni en su sabiduría. Se basa en el poder invencible del Todopoderoso, el Jehová de los ejércitos, quien nunca ha perdido una batalla.

Por eso, el cristiano debe aprender a hablarle a su propia alma, así como el salmista:

“Mi alma, recuerda: mi Dios pelea por mí.”

Él no pierde.
Él no retrocede.
Él no falla.
Él jamás ha sido derrotado.
Suyas son todas las victorias desde la eternidad.
Suyo es el poder.
Suyo es el trono.
Suyo es el reino.
Y si eres hijo, entonces Su batalla es tu batalla, y Su victoria es tu victoria.

Aquí tienes el texto pulido, profundo, con tono pastoral y bíblico, conservando completamente tu intención y elevando la fuerza espiritual del mensaje:

Si creemos esta verdad, tendremos esperanza y avanzaremos confiados. David declaró en uno de sus cantos:

“Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno;

porque tú estarás conmigo.

Tu vara y tu cayado me infundirán aliento.”

(Salmo 23:4)

David entendía que la confianza no viene de la ausencia de peligros, sino de la presencia de Dios. Él decía: “Tú me guías, tú me proteges, tú me confortas, tú me das paz; por eso vivo confiado.”

De la misma manera, Moisés y el pueblo de Israel vivieron literalmente ese valle de sombra de muerte al encontrarse frente al Mar Rojo. Tenían enfrente un océano imposible de cruzar, y a sus espaldas el ejército más temido sobre la tierra. Carros de guerra, caballos, arcos, jabalinas, soldados entrenados para matar, y un Faraón enfurecido que había perdido a su primogénito y con él el futuro de su imperio.

Israel estaba atrapado.

Humanamente, no había salida.

En ese valle oscuro, donde la muerte parecía inevitable, tuvieron esperanza porque Dios estaba con ellos.

Y entonces, obedecieron la voz del Señor: avanzar.

Lo que ocurrió después desafía toda explicación natural.

El mar se abrió en dos.

Las aguas se detuvieron como muros a derecha e izquierda.

No fue un fenómeno físico común; fue un acto divino, soberano, extraordinario.

Por catorce kilómetros caminaron sobre tierra seca.

Pasaron entre paredes de agua que llegaban a profundidades de ciento dieciocho metros.

Era literalmente un túnel natural, oscuro, húmedo, frío.

Un auténtico valle de sombra de muerte.

No podían ver el final.

No sabían cuánto faltaba para salir.

Sólo sabían que debían cruzar, seguir caminando, seguir creyendo.

El que no pasó, el que se quedó en Egipto por miedo, incredulidad o comodidad, jamás vio la Tierra Prometida.

Así también en la vida del creyente:

hay valles que debemos atravesar.

Hay túneles oscuros donde no vemos la salida.

Hay momentos donde la fe es lo único que nos sostiene.

Pero los que obedecen, los que avanzan confiando en el Señor,

los que dejan atrás el Egipto del pecado,

esos verán la gloria de Dios abrir caminos donde no los había

y los llevará a Su tierra prometida.

Una vez que el pueblo cruzó al otro lado, la amenaza seguía latente detrás de ellos. Faraón y sus ejércitos no se detendrían; su intención era

exterminar por completo a Israel. No querían dejar a un solo sobreviviente. Pero el mismo poder sobrenatural que abrió el mar para salvar a Su pueblo, lo cerró para destruir a sus enemigos.

El imperio más poderoso del mundo fue derrotado sin que Israel levantara una sola espada.

Carros, caballos, arqueros, jinetes, generales, soldados entrenados para la guerra…

ninguno sobrevivió al juicio de Dios.

Las aguas que momentos antes habían sido camino de libertad, se convirtieron ahora en sepultura para el enemigo.

Así es nuestro Dios. Así es Su carácter.

Él salva con poder, protege con celo santo y juzga con justicia perfecta.

Jehová guió a Israel desde el día en que salieron de Egipto hasta el día en que entraron en Canaán.

Los sustentó con maná del cielo, agua de la roca, nube para cubrirlos del sol, columna de fuego para iluminar su noche.

Ninguna necesidad quedó sin respuesta.

Ninguna carencia quedó sin provisión.

Ningún enemigo quedó sin ser enfrentado por la poderosa mano del Señor.

Así también Cristo guía hoy nuestro caminar cristiano.

Él es nuestro Buen Pastor:

nos guía, nos protege y nos provee todo lo que nos falta.

Él pelea nuestras batallas.

Es Él quien libra nuestras guerras internas, nuestras tentaciones, nuestros miedos, nuestras culpas y nuestros enemigos espirituales.

De la misma manera que Dios libró a Israel de sus perseguidores,

Cristo nos libra del pecado que nos persigue,

de las cadenas que nos ataban,

de la culpa que nos condenaba,

del pasado que nos acusaba,

y del enemigo que intentaba destruirnos.

Los egipcios quedaron hundidos en el fondo del Mar Rojo;

sus carros, sus caballos y toda su fuerza militar quedaron sepultados bajo toneladas de agua.

Así también Cristo sepulta nuestro viejo hombre, nuestras obras muertas y nuestros enemigos espirituales bajo Su victoria perfecta.

En el desierto los cubría con una nube durante el día, protegiéndolos del sol extremo del desierto. Por la noche, una columna de fuego lo hizo por cuarenta años. Aquel fenómeno no fue casualidad, ni un evento climático extraordinario: fue la mano tierna y poderosa de Dios. La nube obedeció a su Creador y protegía del sol abrasador y del frío nocturno a casi tres millones de viajeros. Ninguno de ellos podía controlar ese cuidado; simplemente lo recibían porque Dios es fiel a Su pacto.

Jehová también los alimentó con maná, un cereal divino que descendía del cielo todas las mañanas por cuarenta años. Más de 12,000 ocasiones de provisión sobrenatural; alimento suficiente para millones de personas, día tras día, sin fallar una sola vez. El maná descendía del cielo solamente para ellos, para Su pueblo amado. Ellos estaban imposibilitados de sembrar o cosechar por causa

del largo viaje y lo hostil del desierto, pero lo que ellos no podían producir, Dios lo proveía por gracia.

El maná tenía una condición: no podían guardar más que la porción necesaria para ese día, excepto en la víspera del sábado, cuando debían recoger doble porción. Esto enseñaba dos verdades espirituales fundamentales:

1. Dependencia total del Padre celestial.

2. Obediencia confiada a Sus instrucciones.

Cuando alguno codiciaba o desconfiaba y trataba de guardar más porción de la necesaria, el maná se agusanaba y se echaba a perder. El exceso era un testimonio de incredulidad, no de prudencia. Dios quiso enseñarles, y también a nosotros, que la fe genuina confía en que Él proveerá mañana lo mismo que proveyó hoy.

En la vida del cristiano también hay tiempos de aprendizaje, temporadas donde parece haber escasez: escasez económica, emocional, espiritual o relacional. Sin embargo, al igual que con Israel, Dios cuida de nosotros. Él nos da lo necesario para cada día, ni más ni menos, pero siempre lo suficiente. En Su sabiduría divina muchas veces no permite abundancia excesiva, no porque no pueda darla, sino porque sabe que la abundancia sin

carácter y sin dependencia puede convertirse en un tropiezo.

La provisión diaria de Dios es un recordatorio permanente de Su amor. Él está presente. Él está atento. Él sabe lo que necesitamos incluso antes de pedirlo. La escasez, lejos de ser un abandono, suele ser una escuela donde nuestra fe madura, donde aprendemos a caminar con Dios de manera más íntima y confiada.

En cada "desierto" de nuestra vida, Dios sigue siendo el mismo:

nube que cubre, fuego que ilumina, maná que alimenta, roca que sacia, Padre que sostiene.

Y si Él fue fiel con millones de israelitas durante cuarenta años, sin faltar un solo día, cuánto más será fiel contigo, que has sido hecho hijo suyo por la sangre preciosa de Jesucristo.

En otro pasaje, Dios le dice a Su profeta: “Te llevaré al desierto, y allí te hablaré”. El desierto no solo fue un lugar de tránsito; fue un aula divina. Durante esos cuarenta años, Dios no solo guió a Su pueblo, sino que también formó su corazón, reveló Su voluntad, estableció Su pacto y escribió Su ley. Aquella ley fue grabada en tablas de piedra, pero su propósito final no era quedarse en piedra, sino

ser entendida, amada y obedecida por un pueblo santo.

Hoy, en pleno siglo XXI, Dios ya no escribe Su ley en tablas de piedra, ni requiere de un Sinaí físico para hablar a Sus hijos. Ahora, como lo prometió en Jeremías y lo confirmó en Hebreos, Él escribe Su ley en nuestro corazón. ¿Cómo lo hace? Cuando estudiamos la Palabra, cuando obedecemos lo que aprendemos, cuando atesoramos la Escritura como un tesoro espiritual, cuando permitimos que el Espíritu Santo abra nuestros ojos y doblegue nuestra voluntad.

La Palabra de Dios no solo se aprende; se vive, y al vivirla, se graba en lo más profundo de nuestro ser.

En el desierto, Dios también les dio de beber agua de la roca. El pueblo tenía sed; estaban exhaustos; la muerte parecía inminente. Pero Dios, en Su misericordia, ordenó a Moisés golpear la roca, y de esa roca seca brotó abundante agua para millones de personas. El agua que no existía apareció de la nada porque Dios es especialista en hacer brotar provisión donde solo hay sequedad.

Tanto el maná como el agua que brotaba de la roca eran señales proféticas de Cristo. Eran sombras y

figuras de algo mayor que vendría. Jesucristo mismo dijo: “Yo soy el pan que descendió del cielo”. Él es el verdadero Maná, el que alimenta nuestras almas hambrientas, el que nutre espíritus desgastados por el pecado, el que da vida eterna.

Y Pablo, inspirado por el Espíritu Santo, afirma que la roca que los seguía era Cristo. Jesús es el agua viva que sacia la sed más profunda del ser humano: la sed de perdón, de propósito, de paz y de eternidad. En un desierto físico, encontrar agua significa vivir o morir. En el desierto espiritual, encontrarse con Cristo significa exactamente lo mismo.

Quien encuentra a Cristo vive.

Quien lo rechaza continúa en su sequedad, caminando hacia la muerte espiritual.

Así como Israel dependía del agua y del maná para sobrevivir, nosotros dependemos de Jesús para existir espiritualmente. Él no es un complemento; es el sustento. No es un recurso emocional; es la vida misma. Él no solo da pan; Él es el Pan. Él no solo da agua; Él es el Agua viva que brota, sacia, desborda y transforma.

En cada desierto de nuestra vida, Cristo sigue siendo la provisión perfecta:

Pan para el alma, Agua para el espíritu, Palabra para el corazón.

Y quien come de ese pan y bebe de esa agua jamás volverá a tener hambre ni sed.

Por las noches, una columna de fuego los protegía del frío extremo del desierto. La misma mano que de día les cubría con nube, de noche les arropaba con fuego. Provisión, dirección y protección: tres benevolencias inseparables de un Dios amoroso que actúa como Padre bueno sobre Sus hijos. Un Padre que no abandona, que no improvisa, que no falla.

Durante cuarenta años sus ropas y calzados no envejecieron. ¿Cómo puede ser posible? ¿Cómo puede un tejido, expuesto al sol, al polvo, al caminar constante, resistir cuarenta años sin romperse? Para la lógica humana es imposible. La razón natural se rehúsa a aceptarlo. Pero la fuente no era humana, la fuente era divina. El mismo Dios que creó el universo sostenía cada fibra, cada costura, cada sandalia. El milagro no estaba en el material, sino en el Sustentador.

Recuerdo —como si fuera ayer— una familia que me invitó a comer. Yo sabía que estaban atravesando un tiempo muy difícil, una prueba de

escasez severa. Aquel día, la hermana preparó unas papas sencillas, pero deliciosas, como único platillo. Al orar por los alimentos, comenzó a llorar de gozo, testificando la fidelidad de Dios.

Ella contó que desde hacía cinco meses su tanque de gas se había quedado sin reserva. No podían llenarlo, no había recursos. Sin embargo, cada día, antes de cocinar, la hermana oraba, encendía la estufa con temor y esperanza… y una vez más salía gas donde no debía haber. Todos los días, un milagro. Todos los días, una manifestación divina en medio de la escasez.

Cada chispa del encendedor era un recordatorio:

Dios está aquí. Dios provee. Dios sostiene. Dios no abandona.

Aquella familia tenía tres pequeños. Ambos padres estaban desempleados. El tiempo era duro, angustiante, imposible… pero Dios estaba con ellos. Lo que la lógica no explicaba, lo sostenía la gracia. Lo que la ciencia descartaba, lo afirmaba la fe. Cada día, una provisión que los hacía depender más de Dios, confiar más, amar más al Dador de la vida.

Un tiempo después, finalmente recibieron el pago de una propiedad que habían vendido un año

antes. Ese mismo día, exactamente ese día, dejó de salir gas del tanque. El milagro duró hasta que llegó la provisión. Ni un día menos, ni un día más.

Así también ocurrió con Israel. El día que entraron a Canaán, el día que pisaron la tierra prometida, el día que ya no necesitaron depender del maná… cesó el maná. No antes. No después. Durante cuarenta años nunca faltó. Ni un solo día.

Así es Dios:

Su provisión llega con precisión perfecta. Su fidelidad no se adelanta ni se atrasa. Su cuidado es exacto, suficiente, abundante y sabio.

Mientras atravesamos el desierto, Él envía maná. Cuando llegamos a la tierra prometida, cambia la provisión. Pero en ambos lugares —en el desierto y en Canaán— Dios sigue siendo Dios: fiel, bueno, proveedor, sustentador y Padre para Sus hijos.

La obediencia fue fruto abundante de su fe. La fe verdadera siempre produce obediencia, porque creer en Dios implica someterse a Su voz, confiar en Su dirección y caminar conforme a Sus estatutos. Israel salió de la tierra de esclavitud y llegó a la tierra que Dios prometió a Abraham, a Isaac y a Jacob. Pero no todos llegaron. Muchos comenzaron, pocos terminaron. Muchos fueron

testigos de los milagros, pero no fueron transformados por ellos.

La generación incrédula, aquella que no tuvo dominio propio, pereció en el desierto. Murieron no por falta de poder de Dios, sino por falta de santidad, por falta de fe obediente. Ellos continuaron en fornicación, murmuración, idolatría y codicia. Salieron de Egipto, pero Egipto no salió de ellos. Y quien lleva a Egipto escondido en el corazón, aun estando libre, terminará viviendo como esclavo.

En Egipto, los dioses eran antropomorfos: cuerpos humanos con cabezas de bestias. Figuras grotescas, deidades construidas a imagen de los temores y pasiones humanas. Esculturas vivas en oro y piedra, llenas de superstición, sangres, ritos y sensualidad. Esas figuras formaron la imaginación espiritual de Israel durante siglos de esclavitud. Aunque Dios los sacó físicamente, ellos seguían batallando internamente contra esas sombras, contra esos ídolos, contra esas costumbres.

Y en tan sólo cuarenta días, mientras Moisés estaba en el monte Sinaí recibiendo la Ley, hablando cara a cara con Jehová, el pueblo mostró lo que había en sus corazones. La carne no espera.

El corazón idólatra no tiene paciencia. El pueblo se desesperó y exigió al sacerdote Aarón que les hiciera un dios visible, un ídolo tangible. Le pidieron que les fundiera un becerro de oro. Y se levantaron a danzar, a gritar, a celebrar y a postrarse ante la imagen.

Lo más terrible no fue el ídolo… sino las palabras que dijeron:

“Tú, oh becerro, nos sacaste de Egipto. Tú abriste el mar. Tú nos salvaste.”

Atribuyeron la gloria del Dios vivo a un ídolo muerto. Le dieron a la criatura la gloria del Creador. Cambiaron la verdad por la mentira. Ese fue el pecado que encendió la ira de Jehová.

Cuando Moisés descendió del monte y vio el becerro y las danzas, su furor se encendió. Derribó las tablas escritas por el dedo de Dios y confrontó la idolatría. Entonces Jehová le ordenó que moliera el becerro hasta convertirlo en polvo y que lo mezclara con agua para que los idólatras lo bebieran. Y muchos de ellos murieron —literalmente intoxicados por el ídolo que habían adorado— una representación física de una verdad espiritual profunda:

lo que adoras te mata; lo que idolatras te destruye; lo que exaltas por encima de Dios termina intoxicando tu alma.

Así murió esa generación: víctima de sus propios deseos, intoxicada por su propia desobediencia. No cayeron en la batalla; cayeron en la tentación. No fueron derrotados por Faraón; fueron derrotados por su propia carne. No perecieron por falta de poder divino; perecieron por falta de santidad y fe.

Sólo aquellos en quienes Egipto murió, entraron a la tierra prometida. Y lo mismo ocurre hoy: sólo los que dejan morir el mundo en su corazón, los que renuncian a los ídolos modernos —placer, ego, orgullo, adicciones, lujuria, dinero, fama— pueden disfrutar la vida plena que Cristo ofrece.

Hay cristianos hoy en día que dejan la iglesia tradicional, pero aún titubean con los ídolos. Salen de una forma de esclavitud, pero siguen arrastrando cadenas invisibles. Otros idolatran pastores, evangelistas, profetas o líderes carismáticos, como si el poder fuese del hombre y no de Cristo. Egipto no ha salido de ellos. La idolatría no ha muerto en su corazón.

La idolatría sigue siendo pecado, sigue siendo abominación, sigue siendo anatema. Cualquier cosa —cualquier persona— que tome el trono de Dios en nuestra vida, se convierte automáticamente en un ídolo. Y Dios es claro:

“Maldito el hombre que confía en el hombre y pone carne por su brazo” (Jeremías 17:5).

Porque el trono del corazón no es un asiento democrático. No hay elecciones. No hay competencia.

Ese trono pertenece a Cristo y sólo a Cristo.

En otra ocasión, Israel volvió a caer en su pecado común: la murmuración. Se quejaban en contra de Jehová. Lloraban fuera de sus tiendas diciendo que los ajos y cebollas de Egipto eran mejores que el maná celestial, aquel pan milagroso que descendía todas las mañanas sin esfuerzo alguno. Tenían pan del cielo… pero anhelaban comida de esclavos.

La codicia siempre distorsiona la memoria.

La carne siempre embellece el pasado.

El pecado siempre hace que la esclavitud parezca placer.

Codiciaban carne. Sus deseos eran desordenados, perversos, insaciables. Entonces Jehová les mandó una parvada enorme de tórtolas. Comieron carne hasta reventar. Algunos exageraban diciendo que les salía por los ojos y los oídos. Una hipérbole que refleja el exceso vergonzoso de su codicia. Pero lo que sí fue real es que muchos murieron, porque Dios hirió a los codiciosos que habían despreciado Su provisión perfecta.

La codicia llevó a Lucero a pecar contra Dios.

La codicia llevó a Adán y Eva a extender la mano hacia el fruto prohibido.

La codicia está en el corazón del hombre caído, empujándolo a querer más, a querer lo que no debe, a querer lo que destruye.

Pero el cristiano, el hijo de Dios, el que ha sido redimido por la sangre del Cordero, ya no vive según los impulsos de la carne. Ha sido perdonado, hecho una nueva criatura, regenerado, enviado a una vida de santidad. Por eso, Cristo nos llama con palabras claras y radicales:

“Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo.”

Negarse a sí mismo no es represión emocional, ni ascetismo vacío. Es obediencia profunda. Es muerte diaria a la carne. Es renunciar al viejo Egipto interior. Es cortar los vínculos con los ídolos modernos. Es crucificar la codicia, la soberbia, la lujuria, la autosuficiencia. Es dejar que Cristo reine completamente en el corazón.

Negarse a sí mismo es elegir la voluntad de Dios por encima de nuestros deseos inmediatos, es apreciar el maná en lugar de codiciar los ajos del mundo, es preferir la libertad difícil al placer esclavizante. Es caminar hacia Canaán aunque el desierto nos pruebe. Es confiar en el Señor aunque nuestros impulsos pidan otra cosa.

Porque sólo quienes se niegan a sí mismos, quienes matan la codicia y renuncian a los ídolos, son los que verdaderamente permanecen en Cristo y llegan al destino glorioso que Él ha preparado.

La codicia es un deseo desordenado, perverso, obsesivo, por algo que, lejos de bendecir, terminará dañándonos y destruyéndonos. Es un fuego que consume primero el alma y luego la vida entera. Y lamentablemente, muchos cristianos hoy en día viven atrapados en esta trampa mortal: codician fama, buscan poder, persiguen riquezas, y son capaces de manipular, mentir, sobornar, dividir

iglesias, corromper el Evangelio y usar el nombre de Cristo para alcanzar aquello que su corazón torcido desea.

La codicia tiene dos hermanas inseparables: la lascivia y la lujuria. Son trillizas en la misma familia del pecado, hijas de la carne, enemigas de la santidad, destructoras del alma.

La lujuria es codicia desordenada, perversa, inmoral por una mujer. Es un apetito oscuro que no mira consecuencias, no considera al prójimo, no respeta la voluntad de Dios. Busca únicamente su placer egoísta y diabólico. De ahí nace la frase popular: “Me he de comer esa tuna aunque me espine la mano.”

Es decir: no me importa el costo, no me importa el daño, no me importa si pierdo el alma, si el infierno es mi factura, la pago con tal de satisfacer mi deseo.

Cuando un hombre llega a ese punto, Dios es desplazado, la ley de Dios es ignorada, la conciencia se calla, la dignidad ajena se menosprecia, y la moral se convierte en un obstáculo que hay que derribar. Ese es el poder destructivo de la lujuria.

La lascivia, por su parte, es un deseo desenfrenado, compulsivo, desordenado por algo, no necesariamente sexual. Puede ser una posición, un título, un control, una influencia, un reconocimiento. Es un hambre que nunca se sacia.

Ahí está Absalón, codiciando el trono de su padre David, levantando conspiración, dividiendo al pueblo escogido, al punto de planear el asesinato de su propio padre.

Ahí está Lucero, codiciando el trono del Creador del universo.

Ahí están Adán y Eva, codiciando ser como Dios y decidir por ellos mismos lo bueno y lo malo.

La codicia no respeta linajes, no respeta llamados, no respeta ministerios. Los predicadores tampoco están exentos. Es más, el púlpito es uno de los lugares donde más fuerte ataca este pecado, porque ahí el enemigo sabe que, si cae el líder, muchos caen detrás de él.

Los reflectores dañan la humildad si el corazón no está crucificado con Cristo. El aplauso corrompe al predicador que dejó de rendir cuentas. La fama envenena a aquel que dejó de orar como antes. El dinero destruye a quien dejó de vivir en santidad.

Muchos comienzan bien, pero terminan viviendo del aplauso y ya no de la presencia. Cambian la intimidad con Dios por la aprobación de multitudes. Abandonan el quebranto por la vanidad. Predican, pero no oran. Enseñan, pero no viven.

Y el pecado entra sigilosamente, lentamente, pero con intención de destruir.

La iniquidad encubierta puede convivir con el ministerio… pero no puede convivir con Cristo.

Por ello Jesús declaró algo que debería estremecernos hasta los huesos:

“Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, e hicimos muchos milagros?

Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad.” (Mateo 7:22-23)

Esta es, quizá, la advertencia más solemne de la Biblia para el ministerio cristiano.

Gente que predicó, que sanó, que liberó, que evangelizó a multitudes, que hizo obras sociales… ¡pero no conoció a Cristo!

¡Hicieron cosas para Dios sin vivir con Dios!

¡Servían al altar, pero no vivían en santidad!

¡Hicieron grandes obras públicas, pero mantuvieron pecados privados!

Jesús no mira el espectáculo de la obra; Él mira el secreto del corazón.

Por eso, el servicio a Dios no se mide por resultados, sino por carácter.

No se mide por multitudes, sino por obediencia.

No se mide por dones, sino por santidad.

No se mide por logros, sino por una vida aprobada por Dios.

Servir a Dios exige manos limpias, corazones puros, vidas consagradas, disciplinas espirituales, muerte al ego, vigilancia, humildad, dominio propio, rendición total.

Porque al final del camino, el único aplauso que importa es el del Maestro que diga:

“Bien, buen siervo y fiel.”

Un ejemplo que ilustra la realidad del servicio y la santidad

Imagina que un hombre dice con orgullo: “Mi esposa me sirve.” Ella cocina, limpia la casa, mantiene todo en orden, plancha sus camisas, prepara su lonche para el trabajo. Todo eso, sin duda, es servicio. Sin embargo, si un día él regresa a casa inesperadamente y la encuentra en su cama con otro hombre, ¿de qué sirve todo lo demás? ¿Acaso ese servicio cotidiano puede cubrir la gravedad de su infidelidad? La respuesta es no. Ningún acto de servicio logra eclipsar la mancha del pecado ni reparar la ruptura del pacto matrimonial. Su infidelidad invalida cualquier aparente virtud previa.

Así también sucede en la vida espiritual. Hay quienes “sirven” a Dios con obras visibles: predican, ministran, cantan, ayudan a los pobres, participan en actividades de la iglesia. Sin embargo, si su corazón está en adulterio espiritual —codiciando, viviendo en lujuria, en desorden moral, en doble vida, manipulando, mintiendo, o alejándose del pacto santo con Dios— entonces todo su servicio queda manchado. No hay obra, por noble o impresionante que parezca, que pueda ocultar una vida entregada al pecado.

Dios no se impresiona con actividades externas. Él mira el corazón. Mira la fidelidad del pacto. El Señor exige santidad, integridad, pureza, arrepentimiento. El servicio, cuando nace de un corazón contaminado, se vuelve hipócrita y desagradable. Como dijo Jesús: “Este pueblo de labios me honra; mas su corazón está lejos de mí.”

El servicio verdadero es fruto de una vida fiel, no sustituto de una vida desobediente. En el matrimonio, la exclusividad es un pacto sagrado; en nuestra relación con Dios, también. Por eso, la Escritura nos llama a servir en espíritu y en verdad, con un corazón limpio, con manos puras, y con la vida alineada al carácter santo de nuestro Señor.

Así también ocurre en la obra del Señor.

Un hombre puede ser un evangelista famoso, reconocido por sus prédicas poderosas, aplaudido por multitudes y celebrado por su carisma. Pero si su vida es perversa, si vive en tinieblas, si su corazón está contaminado por el pecado sin arrepentimiento, entonces Jesús le dirá en aquel día: “No te conozco. Apártate de mí, hacedor de maldad.” Porque un hombre perverso cargando una Biblia bajo el brazo es absolutamente inútil en el Reino de Dios. De hecho, hace más daño que beneficio.

El mundo se burla del cristianismo no por los millones de siervos fieles, piadosos, íntegros que viven vidas rectas, sino por la inmundicia de unos cuantos impostores que se han levantado como falsos pastores. Mientras existen más de dos millones de pastores que sirven a Cristo con santidad, la sociedad dirige su mirada a veinte de los más perversos. Casos como los de Nazón Joaquín García en La Luz del Mundo o Edir Macedo en “Pare de Sufrir” empañan el testimonio de miles de iglesias fieles. Su iniquidad mancha el evangelio de paz, arrastra a multitudes al escándalo y provoca que el nombre de Cristo sea blasfemado entre los incrédulos.

Pecado e iniquidad no son lo mismo.

El pecado es una acción de maldad puntual, un acto que contrista al Espíritu, hiere nuestra alma y nos aleja de Dios. La carne nos impulsa a buscar un placer inmoral, fugaz, egoísta y perverso. Pero la iniquidad es distinta: es la práctica continua, repetida y persistente del mismo pecado; es un estilo de vida endurecido, sin arrepentimiento, sin vergüenza, sin freno moral. La iniquidad es adicción espiritual: una compulsión a hacer lo malo, aun sabiendo las consecuencias.

El hombre que, en un descuido pecaminoso, cae en adulterio en un viaje de negocios, es culpable de adulterio; su pecado lo condena y hiere su matrimonio. Pero el hombre que sostiene una doble vida durante años, que mantiene una amante, que tiene hijos con ambas familias, que vive sin arrepentimiento, sin vergüenza, sin dolor y sin deseo de restauración, es un hombre que vive en iniquidad. Su pecado se ha convertido en hábito, su corazón se ha vuelto piedra y su conciencia está cauterizada.

Ese fue el caso de Joaquín García, quien por cinco décadas vivió una vida de perversión sexual disfrazada de espiritualidad. Eso no es simplemente pecado: es iniquidad institucionalizada, sistemática, oculta bajo la apariencia de religión. Y Dios es testigo de todo ello.

No olvidemos esta verdad inquebrantable:

Tenemos un Dios santo y justo. Él no permitirá que la maldad quede impune. Su paciencia no es aprobación; su silencio no es permiso; su misericordia no es indiferencia. El juicio de Dios caerá sobre el perverso, sobre el que se burla de su gracia, sobre el que hace de la iniquidad su

modo de vida, y sobre el que predica un evangelio que él mismo pisotea.

El Señor sigue buscando siervos limpios, corazones quebrantados, vidas íntegras. Porque el servicio verdadero comienza en la santidad, no en los reflectores; en la obediencia, no en la fama; en la cruz, no en la plataforma.

La burla, la crítica, el chisme, la mentira, el escarnio y la herejía tienen un origen común: nacen en el corazón del hombre y se manifiestan con palabras. Jesús dijo que “de la abundancia del corazón habla la boca”; por eso, la lengua no es un músculo cualquiera: es un instrumento espiritual. Una misma fuente no puede producir bendición y maldición, agua dulce y agua amarga. Cuando la lengua está corrompida, revela un corazón sin dominio propio.

En el desierto, los pecados del pueblo no solo fueron idolatría y codicia, sino también murmuración. Y así como murieron los idólatras y los que codiciaron perversamente carne en el desierto, también perecieron aquellos que murmuraron contra Jehová. La murmuración no es un pecado “ligero”; es un veneno lento que contamina campamentos enteros, destruye hogares y divide congregaciones.

Hoy, en muchas iglesias carnales, esta lepra espiritual se ha normalizado: murmuración, crítica destructiva, mentiras disfrazadas de "preocupación espiritual", manipulación sutil, chismes que pasan de oído en oído. Estos pecados, si no se confrontan, se convierten en iniquidad habitual, una práctica sistemática que apaga el Espíritu y destruye la unidad del cuerpo de Cristo.

La lengua, dice Santiago, es "una pequeña llama que puede incendiar un gran bosque". Y cuánta razón tiene: palabras sin freno han dividido más iglesias que los ataques del mismo diablo. Líderes han caído, familias han sido quebradas y ministerios enteros han sido consumidos porque la lengua se desató sin temor de Dios.

El cuarto pecado señalado en el Éxodo como causa de muerte en el desierto fue la fornicación. Los deseos desbordados por complacer la carne siempre traerán consecuencias multiplicadas, toxicidad espiritual y muerte emocional y moral. El desierto reveló algo muy profundo: salir de Egipto no basta si Egipto no sale del corazón. Porque mientras la carne gobierne, los deseos perversos dominarán las acciones.

Cientos de miles perecieron en el desierto por falta de dominio propio, no porque Dios no fuese fiel,

sino porque ellos eligieron obedecer sus pasiones antes que la Palabra. Hebreos lo confirma: “no pudieron entrar a la tierra prometida por causa de su incredulidad”. Y Pablo advierte que todo esto fue escrito “para nuestra enseñanza”, para que no caigamos en los mismos errores.

La iglesia de hoy debe recordar esta verdad eterna:

La lengua sin freno, el corazón sin santidad y los deseos sin disciplina producen muerte espiritual. Y así como Dios llamó a Israel a salir de Egipto, hoy llama a su pueblo no solo a salir del mundo, sino a dejar que Su Espíritu arranque al mundo de dentro de nosotros.

Porque solo los que crucifican sus pasiones, los que limpian su corazón y los que rinden su lengua al Espíritu Santo podrán entrar al reposo, avanzar en la tierra prometida y vivir en la libertad gloriosa de los hijos de Dios.

La distancia entre Egipto y Canaán es de aproximadamente 160 kilómetros. A paso normal, caminando con niños, ancianos y pertenencias, ese trayecto habría tomado cerca de 40 días. Sin embargo, ese camino corto se convirtió en un peregrinaje de 40 años. La promesa de Dios nunca

cambió; lo que cambió fue el corazón del pueblo. Dios no falló: Israel falló en creer.

La tardanza no fue consecuencia de un error divino, sino el resultado directo de una nación que se dejó dominar por el temor, por la incredulidad y por una visión carnal de la realidad. Moisés envió doce espías para reconocer la tierra –no dos, como a veces se piensa– y traer información precisa de la heredad prometida. Canaán era la tierra que Dios había jurado a Abraham, Isaac y Jacob, una tierra fértil, abundante y estratégica. Pero, por cuatro siglos, había sido ocupada por treinta y dos naciones dedicadas a la guerra, gobernadas por reyes poderosos, ejércitos disciplinados, carros de hierro y armas forjadas con tecnología superior.

A los ojos humanos, Canaán era imposible de conquistar.

Sus ciudades eran fortalezas antiguas con murallas inmensas, torres de vigilancia, puertas reforzadas y guerreros experimentados en batallas cuerpo a cuerpo. Mientras tanto, Israel era un pueblo recién salido de la esclavitud:

—desnutridos,

—sin ejército formal,

—sin mandos militares,

—sin estrategia,

—sin carros,

—sin caballos,

—sin armas,

—y sin experiencia de guerra alguna.

Eran un pueblo que, humanamente, no podía ni defenderse, mucho menos conquistar un territorio hostil de más de treinta naciones militarmente superiores.

Pero había un factor determinante: Jehová, Dios Fuerte, caminaba con ellos.

Días antes, Israel había presenciado la derrota del imperio más grande del mundo en ese tiempo. Faraón, con su caballería, carros, armas y soldados entrenados, había sido destruido no por la fuerza de Israel, sino por la mano poderosa de Dios. No fue una victoria militar; fue un juicio divino. No fue estrategia humana; fue la fidelidad del Pacto.

Israel había visto el mar abrirse ante sus ojos. Había visto el ejército más temido hundirse bajo toneladas de agua. Había visto la nube guiarlos de día y el fuego protegerlos de noche. Habían comido pan del cielo. Habían bebido agua de la roca. Sin embargo, cuando vieron a los cananeos, olvidaron al Dios que los había libertado.

Vieron gigantes, pero no vieron a Jehová.

Vieron murallas, pero no recordaron la columna de fuego.

Vieron carros de hierro, pero no recordaron los carros egipcios flotando muertos en el mar.

Vieron a los enemigos, pero no vieron la promesa.

Así es la incredulidad: borra milagros, exagera obstáculos y minimiza la fidelidad de Dios.

Caleb y Josué, los únicos dos espías llenos de fe, no negaron la realidad; reconocieron que la tierra era abundante y que los pueblos eran fuertes. Pero también dijeron con convicción: “Si Jehová se agrada de nosotros, Él nos entregará la tierra”. Ellos no miraron la fuerza de los cananeos; miraron la fuerza del Dios que abre mares.

Los otros diez espías contaminaron el campamento con su miedo. El temor se volvió murmuración; la murmuración se volvió rebelión; la rebelión se volvió incredulidad; y la incredulidad se volvió sentencia. Por eso el trayecto de 40 días se transformó en 40 años de vueltas inútiles por el desierto.

Aquí está la enseñanza espiritual que nos deja este episodio:

Cuando un cristiano enfoca su mirada en los gigantes y no en Dios, la vida cristiana se estanca, se alarga, y se convierte en un desierto.

No por falta de poder de Dios, sino por falta de fe del creyente.

La promesa no se cancela, pero el hombre la retrasa.

Dios no miente, pero el corazón incrédulo sí tropieza.

La tierra sigue siendo la misma, pero el carácter del hombre determina si la conquista o muere en el desierto.

Israel, un pueblo sin armas, humilló al imperio más grande del mundo porque Dios peleó por ellos.

Pero cuando la fe faltó, fueron derrotados no por gigantes, sino por su propio temor.

Moisés envió a doce espías —uno por cada tribu— para reconocer las filas de los cananeos. Sin embargo, la Escritura enfatiza el contraste entre dos grupos: la mayoría incrédula y la minoría llena de fe. Diez de ellos regresaron dominados por el miedo, nublados por la incredulidad. Su reporte fue devastador: “son gigantes”, “seremos como insectos que aplastarán bajo sus pies”, “sus ciudades son invencibles”, “volvamos a Egipto; creerle a Dios sería un suicidio colectivo”.

En pocas palabras, dijeron:

“Es mala idea confiar en Dios”.

El miedo les robó la memoria espiritual, nubló la visión, anuló la fe y destruyó la esperanza. Los milagros recientes —el Mar Rojo, el maná, el agua de la roca, la columna de fuego— quedaron reducidos a nada cuando vieron a los cananeos. La fe que habían proclamado con sus labios se desmoronó al enfrentar su primera gran decisión.

Pero hubo dos espías cuyo corazón ardía con otra convicción: Josué y Caleb. Su reporte fue completamente distinto. Ellos vieron gigantes, sí, pero vieron algo mayor:

vieron a Jehová que había derrotado a Egipto sin una sola espada humana.

Su visión espiritual era tan clara que podían verse ya en la tierra prometida:

—viviendo en casas que no construyeron,

—comiendo frutos que no sembraron,

—disfrutando la abundancia que Dios había preparado,

—heredando lo que Jehová había prometido siglos antes.

Su fe trascendía la lógica humana. Veían la victoria antes de la batalla. Veían la promesa antes de la conquista. Veían a Dios antes que a los enemigos.

El pueblo escuchó ambos reportes.

Escucharon la verdad llena de esperanza… y escucharon la mentira alimentada por el miedo.

¿Y qué escogieron?

La voz de los diez, no la voz de los dos.

Escogieron la duda.

Escogieron el temor.

Escogieron la incredulidad.

Y al hacerlo, devaluaron a Dios, minimizaron su poder, desecharon su promesa y se esclavizaron a sus propios pensamientos.

¿Cuántos cristianos enfrentamos decisiones exactamente así cuando estamos dando nuestros primeros pasos en la fe?

Cristo nos libró de la muerte, nos dio vida eterna, nos sacó de la esclavitud del pecado, nos justificó, nos redimió, nos santifica, nos fortalece, nos guía, nos consuela, nos sostiene, nos renueva, nos da paz. ¡Dios ha hecho todo esto!

Pero llega una prueba, una adversidad, un conflicto, una pérdida, una presión… y dudamos.

El temor nos paraliza.

La incredulidad nos ahoga.

La mente nos engaña.

Y poco a poco dejamos de orar, dejamos la iglesia, dejamos la lectura bíblica, dejamos el rebaño,

dejamos la comunión, dejamos la fe viva que nos llamó de las tinieblas a su luz admirable.

Israel olvidó quién los había sacado de Egipto.

Olvidó los funestos gritos de Faraón en la noche de la Pascua.

Olvidó los cadáveres del ejército egipcio flotando en el mar.

Olvidó el pan del cielo.

Olvidó el agua de la roca.

Olvidó la nube y el fuego.

Olvidó la voz que tronó en Sinaí.

Y por ese olvido, por esa incredulidad voluntaria, caminaron 40 años en un desierto que pudieron haber cruzado en 40 días.

La incredulidad hace largo el camino.

La fe lo acorta.

La incredulidad estanca.

La fe impulsa.

La incredulidad mata.

La fe da vida.

La generación incrédula murió en el desierto. Ninguno de ellos vio la tierra prometida. Ninguno heredó lo que menospreciaron. Pero dos hombres, los únicos dos que creyeron sin vacilar, guiaron a la nueva generación hacia la conquista.

Josué y Caleb.

Hombres de fe.

Hombres de otra visión.

Hombres de otro espíritu.

Hombres que vieron a Dios en medio de los gigantes.

Fueron ellos —solamente ellos— quienes entraron a la herencia porque se atrevieron a creerle a Jehová cuando todos dudaban.

Que esta verdad quede grabada en nuestro corazón:

Los que creen, conquistan.

Los que dudan, se quedan en el desierto.

Dios cumple sus promesas. Siempre. Él no miente, no improvisa, no falla, no olvida. Su fidelidad es eterna, su palabra permanece, su consejo es firme, su plan es perfecto. Lo que Dios dice, Él lo hace. Lo ha hecho antes, lo hace ahora, y lo seguirá haciendo por toda la eternidad. La pregunta no es si Dios cumple; la pregunta eres tú:

¿Tú crees?

¿Tú confías en Él?

¿Caminas por fe o por miedo?

¿Qué gigantes te atemorizan?

¿El rechazo?

¿La crítica?

¿La burla?

¿El desprecio?

¿La soledad?

¿La tentación?

¿La incertidumbre económica?

¿Las heridas del pasado?

Cada creyente enfrenta gigantes distintos, pero todos comparten algo en común: buscan intimidarte, robar tu fe, paralizar tu avance y mantenerte lejos de las promesas que Dios ya preparó para ti.

Dios sabía que Canaán tenía hombres de guerra, ciudades fortificadas, gigantes entrenados, puertas de hierro, ejércitos imponentes. Nada de eso fue sorpresa para Él. Dios conoce perfectamente el territorio que te promete, así como conoce también los obstáculos que encontrarás en el camino. Nada lo sorprende. Nada lo detiene. Nada está fuera de su plan eterno.

Por eso la incredulidad de Israel no cambió el propósito, pero sí cambió el calendario.

La tierra prometida seguía ahí.

La palabra seguía firme.

La herencia seguía destinada a ellos.

Pero ellos perdieron tiempo, cuarenta largos años.

Así ocurre con el cristiano que se acobarda frente a sus gigantes. Dios no cancela su propósito, pero el miedo retrasa el destino. La incredulidad alarga

el desierto. El temor estanca, detiene, paraliza lo que Dios quería hacer más pronto.

Por eso, cristiano fiel:

Ánimo.

Sigue avanzando.

Enfrenta a tus gigantes.

Levanta tu fe.

Declara quién es tu ayudador.

Diles que Jehová es tu escudo, tu fuerza, tu torre fuerte, tu refugio, tu roca, tu libertador. Diles que no caminas solo, que el Todopoderoso pelea por ti, que Cristo ya venció en la cruz toda potestad, toda obra del maligno, toda acusación, todo espíritu de temor.

Dios habló con Israel en el desierto… y lo sigue haciendo hoy.

Fue en ese lugar seco, áspero, difícil, donde la voz de Dios se escuchó más fuerte.

Ahí Moisés recibió la ley.

Ahí nacieron los estatutos que formarían la vida moral del pueblo.

Ahí el Espíritu Santo inspiró mandamientos que guiarían a Israel hasta la venida del Mesías.

El desierto fue una escuela espiritual.

Y aún lo es.

Porque hoy Dios sigue hablando en medio de la escasez.

Sigue hablando en la noche oscura del alma.

Sigue hablando cuando todo parece escaso, duro, confuso.

Sigue hablando cuando la prueba aprieta, cuando el ánimo se debilita, cuando el camino se vuelve estrecho.

Dios te habla en el desierto con un propósito:

guiarte hacia Cristo Jesús, el Hijo amado, la roca viva, el pan del cielo, el agua de vida, tu Salvador eterno.

Hoy Dios nos habla cuando abrimos su Palabra, cuando meditamos en ella, cuando la atesoramos, cuando la obedecemos. Por eso, aprovecha la

adversidad. Usa la prueba como un altar. Convierte el desierto en tu aula, donde Dios escriba su ley no en tablas de piedra, sino en tu corazón.

La adversidad no es un castigo; es una cita divina.

El desierto no es abandono; es formación.

Los gigantes no son barreras; son oportunidades para ver a Dios actuar.

Después de cuarenta años en el desierto, de disciplina, de pruebas y de aprender a depender exclusivamente de Dios, Moisés muere. La antorcha pasa a Josué, un hombre que había aprendido a creerle a Dios cuando la mayoría dudó. Después de un discurso que estremeció al pueblo, Josué lanza un desafío radical: “Escoge hoy a quién servirás”. En otras palabras: decidan entre la vida y la muerte, entre los ídolos de los cananeos y el único Dios verdadero que los sacó de Egipto.

Y Josué concluye con esas palabras inmortales que resuenan hasta hoy:

“Pero yo y mi casa serviremos a Jehová”.

Eran palabras radiantes de fe. Una fe madurada por cuarenta años viendo la fidelidad de Dios, una fe que venció la incredulidad de una nación tibia.

Fue Josué quien condujo a la nueva generación a tomar la tierra de Canaán, reino tras reino, victoria tras victoria, hasta convertirse en los herederos de la promesa hecha a Abraham cuatrocientos años antes.

Estas palabras deben surgir también en nuestro desierto:

“Yo y mi casa serviremos a Jehová”.

Porque en el servicio hay bendición. En el servicio hay adoración. En el servicio hay obediencia. Y de la obediencia nacen abundancia espiritual, madurez y firmeza. Es necesario rendir nuestra voluntad al servicio de Dios.

Seguir a Cristo implica ser útiles. Servir en el reino no es una opción decorativa de la vida cristiana; es la respuesta natural del que ha sido redimido. No concibo —a la luz de la Escritura— un cristiano que ha sido libertado del pecado y que no sirve a su Salvador. Esa contradicción revela un corazón que aún no entiende la grandeza de su redención.

Y no hablamos de salvación por obras. Ninguna obra humana podría jamás salvar al pecador. Nadie, en ningún tiempo, se ha presentado limpio delante de Dios por méritos propios. Solo los

méritos suficientes de Cristo Jesús en la cruz pueden redimir al hombre.

Tomando ese pensamiento como fundamento, y siendo salvos exclusivamente por la obra perfecta de Cristo —donde fuimos perdonados, donde nuestro castigo cayó sobre Él, donde Su sangre nos justificó—, el corazón del redimido se inclina naturalmente al servicio. No por obligación, sino por gratitud. No por miedo, sino por amor. No para ganarse algo, sino porque ya lo ha recibido todo.

El Espíritu Santo despierta en el creyente un anhelo profundo:

ser útil para su Señor.

Ser manos que sirven, pies que van, labios que anuncian, vida que honra.

Porque “ya no vivo yo, mas Cristo vive en mí”.

Ya no vivo para mí. Vivo para glorificar a mi Salvador. Mi vida, mis fuerzas, mis talentos y mis días ya no me pertenecen: fueron comprados a precio de sangre. El agradecimiento infinito por haber sido perdonado, limpiado, adoptado y restaurado se desborda inevitablemente en servicio; un servicio santo, voluntario, profundo, agradable a Dios.

El apóstol Pablo nos exhorta con palabras que no admiten tibieza:

“Estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano.”

(1 Corintios 15:58)

Esta exhortación es para todo creyente, no solo para pastores, líderes o obreros. Servir a Dios no es una carga, es nuestro privilegio. Es un honor inmerecido. Es el gozo más puro de un corazón transformado. El que ha sido salvado por gracia encuentra en el servicio su mayor deleite, porque servir es la expresión viva del amor que sentimos hacia Aquel que nos salvó.

El servicio cristiano no nace del esfuerzo humano ni de un legalismo estéril. Nace de una revelación:

“Fui perdonado… fui rescatado… fui hecho nuevo… ahora vivo para Él.”

Nada apaga más rápido la vida espiritual que la inactividad. Un cristiano que no sirve se apaga. Su fe se enfría, su gozo se marchita, su compromiso se debilita. La falta de servicio abre la puerta al letargo, a la indiferencia y, finalmente, al

alejamiento. El creyente que no sirve termina lejos del fuego, lejos del propósito, lejos del rebaño.

Pero el cristiano que sirve permanece encendido, firme, vigilante, lleno de propósito. El servicio ancla el corazón, fortalece la fe, alimenta la esperanza, mantiene vivos los dones y las convicciones. El servicio conecta al creyente con el corazón de Cristo, quien dijo:

“Yo estoy entre vosotros como el que sirve.”

Por eso, el llamado sigue siendo el mismo:

Vive para Cristo. Sirve a Cristo. Glorifica a Cristo.

Para eso fuiste salvo. Para eso fuiste rescatado. Para eso respiras hoy.

La Conquista

Dios prometió sacar a Israel de Egipto con mano fuerte, y así lo hizo, humillando al faraón y desmantelando el poderío del imperio más grande del mundo antiguo. Prometió protegerlos, proveerles y guiarlos en el desierto, y cumplió con fidelidad: una nube que los cubría del sol, una columna de fuego que los guiaba de noche, agua que brotaba de la roca y maná que descendía del cielo cada mañana. Dios prometió hablarles en el

desierto, y les habló; allí entregó la ley, la instrucción santa que sería una institutriz para la nación por generaciones.

Dios prometió entregarles la tierra de Canaán, una tierra exuberante donde fluye leche y miel; y, como todo lo que Él promete, también lo cumplió. Moisés terminó su carrera, y su fiel discípulo Josué—el hombre que nunca se apartó de su lado y aprendió de su liderazgo—fue puesto como conductor del pueblo. A él le tocaría levantar la espada, dirigir las batallas y emprender la conquista de las treinta y dos naciones cananeas. Josué sería el hombre que vería, con sus propios ojos, la promesa cumplida.

La fe que Josué había mostrado cuarenta años antes, cuando aún era joven, no fue olvidada por Dios. Su constancia, su perseverancia, su capacidad de mantenerse firme cuando la mayoría dudó, fue honrada por el Altísimo. Sirvió a Moisés con lealtad, aprendió del desierto, atesoró los milagros de Jehová en su memoria, y nunca permitió que el temor lo derrotara. No se intimidó por los gigantes, ni por sus armas, ni por la fuerza de los cananeos; él sabía quién peleaba por Israel.

De la misma manera, nuestra tierra prometida no es geográfica, es eterna. No está marcada en un mapa, sino en el cielo. Es el lugar donde Cristo

prepara morada para aquellos que han creído en Él como único Redentor. Aquel lugar glorioso está reservado para los que se mantengan fieles, constantes, perseverantes, firmes en la Palabra, leales al Maestro y útiles en su reino.

Aquellos que, como Josué, no retrocedan frente a los gigantes, ni se intimiden por el enemigo, ni duden del poder de Dios, sino que permanezcan siervos fieles hasta el fin.

La primera ciudad que Israel enfrentó fue la más fortificada, la más temida, la más difícil de conquistar: Jericó, famosa por sus murallas inconquistables y sus ejércitos preparados para la guerra. Sus muros eran tan altos y tan gruesos que dentro de ellos vivían familias enteras. No existía en aquel tiempo arma, máquina o estrategia humana capaz de derribar semejante fortaleza. Era, humanamente, imposible.

Así sucede también en la vida cristiana: las primeras batallas suelen ser las más duras y las más decisivas. Son esas áreas de nuestra vida donde las murallas del pecado llevan años levantadas, donde la carne se ha fortalecido, donde el enemigo ha construido fortalezas. Pero es precisamente ahí donde vemos caer a los gigantes

ante los pies de nuestro Capitán, que es Cristo Jesús.

Josué clamó a Dios por estrategia, dirección, favor, fortaleza y sabiduría. No se confió en sus habilidades, sino en la Palabra del Dios Fuerte que lo había llamado. Y Dios respondió. Como siempre, tenía un plan perfecto, infalible, trazado desde la eternidad. Dios comparte sus planes con los corazones dispuestos, obedientes y fieles, aquellos que no caminan por vista, sino por fe.

Jehová le reveló a Josué el plan. No habría arietes, ni catapultas, ni armas de guerra. Sería una conquista espiritual, donde Él mismo pelearía por Israel. Al frente irían los sacerdotes y los levitas, tocando trompetas y exaltando al Dios de Israel. Tras ellos marcharía el pueblo, ese mismo pueblo que no tenía ejército, ni armas, ni caballos, ni reyes; un pueblo que por cuatrocientos años había sido esclavo en tierra ajena y por cuarenta años había sido extranjero y nómada en el desierto.

Vistos desde afuera, no parecían conquistadores. Parecían una procesión, una marcha sin lógica, un desfile de hombres sin experiencia militar, caminando alrededor de la ciudad más poderosa de Canaán. Pero mientras los hombres caminaban, Dios obraba. Mientras rodeaban la ciudad,

levantaban adoración. Mientras tocaban las trompetas, declaraban fe. Mientras avanzaban en obediencia, el cielo preparaba la victoria.

Era más que una marcha; era adoración en movimiento, fe en acción, obediencia que derriba murallas.

Dios grande y omnipotente, único Dios verdadero, Alfa y Omega, excelentísimo y majestuoso Dios, poderoso en batalla… Así proclamaba Israel mientras rodeaban la ciudad. Todos exaltaban al Dios que los sacó de Egipto, al que derrotó a Faraón, al Creador del universo. A Él sea toda la gloria, todo el honor, toda la alabanza. Esa era la estrategia divina: frutos de labios que confiesan su nombre, adoración pura, confesión pública de fe, marchando alrededor de las murallas de Jericó.

Durante seis días, Israel rodeó la ciudad conforme al mandato del Señor. Un pueblo que nunca había empuñado un arma rodeaba la fortaleza más impenetrable de Canaán, proclamando la grandeza del Dios todopoderoso. Ese acto de fe silencioso y obediente fue debilitando el orgullo de Jericó. La batalla no se ganaría por espadas, sino por la alabanza; no por fuerza humana, sino por el Espíritu de Jehová.

Al séptimo día, conforme al mandato, dieron siete vueltas alrededor de la ciudad. Y en la séptima vuelta, cuando los sacerdotes tocaron las trompetas, los muros se derribaron. Las murallas que habían resistido siglos se desplomaron en un instante, pues la mano del Altísimo las sacudió desde sus cimientos. La ciudad quedó expuesta, desnuda, sin defensa.

El terror que cayó sobre los habitantes de Jericó fue tan abrumador que ni siquiera tuvieron la valentía de enfrentar a Israel. La confusión fue tan grande que comenzaron a matarse entre ellos con sus propias espadas, acobardados ante la gloria de Dios que se manifestó en medio de aquella conquista.

El cristiano debe recordar esto: nuestra salvación está asegurada en Cristo Jesús. La batalla más grande—la del pecado, la muerte y el infierno—ya fue ganada en la cruz. En el mundo tendremos aflicción, pero no tememos, porque Cristo venció al mundo. Cuando rodeamos nuestras murallas personales con obediencia, fe y adoración, el Dios que derribó Jericó sigue derribando gigantes, fortalezas y opresiones.

Nuestro actuar es sencillo, pero profundo: confiar en Jesucristo y exaltar al Salvador. Al frente va

nuestra fe; delante va nuestra alabanza; avanzamos sostenidos por nuestra confianza plena en el Dios que jamás pierde una batalla. La victoria no es incierta: ya está asegurada. Lo que nos corresponde es levantar nuestra voz y nuestro corazón para glorificar al Rey de reyes, al único Dios verdadero.

Él es el pan que descendió del cielo y sació nuestra alma hambrienta.

Él es el camino al Padre, la escalera celestial que une la tierra con la eternidad.

Él es el manantial de vida eterna, el agua viva que brota para sanidad y salvación.

Él es el bálsamo de Galaad, que cura la herida invisible del alma y restaura la vida.

Él es nuestra torre fuerte, nuestra ciudad amurallada, en quien está toda nuestra confianza.

Él es Dios eterno, Alfa y Omega, soberano sobre todas las cosas.

Es el Príncipe de los pastores, quien guía a su rebaño con vara y cayado.

Es nuestra vida eterna, y en Él tenemos todas las riquezas del cielo.

Con Él, nada nos falta; Él es nuestra roca inconmovible, nuestra firme esperanza.

Su nombre es Admirable, Consejero, Príncipe de Paz.

Él es el León de Judá, nuestro Libertador, Señor y Salvador.

Es el Santo de Israel, el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo.

Es la Verdad, el Verbo, el Hijo de Dios, enviado para que todo aquel que en Él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna.

En Él no hay más condenación.

En Él somos limpios, perdonados, redimidos, salvos.

No Habrá Canaan

No esperes Canaan

si aún abrazas las sombras de Egipto,

si tus pasos temen al desierto

y tu corazón se aferra a lo que un día te esclavizó.

No habrá Canaan

sin las huellas mojadas del Mar Rojo,

sin la valentía de romper cadenas

y dejar atrás el eco triste de una vida sin Dios.

No habrá Canaan

si Egipto sigue vivo en tu pecho,

si la nostalgia por ajos y cebollas

apaga la sed de la tierra prometida.

No habrá Canaan

si el miedo a los gigantes

grita más fuerte que la voz del Eterno,

si prefieres la comodidad del pasado

antes que la obediencia del destino divino.

Porque Canaan no es solo un lugar,

es Cristo mismo,

es Su reposo eterno,

Su presencia que llena, transforma y sostiene.

Y esa tierra leche y miel,

promesa que nunca falla,

es herencia solo de los que perseveran,

de los que caminan con los ojos en el Cielo,

de los que anhelan Su venida

como el desierto anhela la lluvia.

Canaan espera…

pero solo entra quien deja atrás su Egipto,

quien se entrega, quien confía,

quien sigue al Cordero hasta el final.

Aplicación Final: De las Tinieblas a la Luz, del Peligro a la Promesa

Al llegar al final de este camino, la mirada se vuelve atrás solo para reconocer la grandeza del Dios que rescata. No hay gloria humana aquí, no hay mérito propio. Hubo un tiempo en que las tinieblas eran tu

morada, en que las cadenas del pecado y la adicción gobernaban tus pasos. Caminabas sin rumbo, sin fuerza, sin esperanza. Pero allí, en el pozo más profundo, la luz del Evangelio irrumpió con poder y te llamó por tu nombre. Cristo descendió a tu oscuridad, tomó tu mano y te sacó a vida.

Ese es el testimonio que honra al Señor: no quién eras, sino en quién te ha convertido Su gracia. El Dios que rompió tus cadenas no solo te liberó, también te dio propósito. Te trajo a la luz no para que simplemente existieras, sino para que sirvieras. Porque la luz que recibiste no es para guardarla, sino para que brille. Y en ese brillo hay misión, hay gozo, hay fruto.

Hoy puedes ver lo que antes era imposible: una vida ordenada, restaurada, limpia; una vida que prospera porque Dios la sostiene. No prosperidad de riquezas corruptibles, sino prosperidad de alma, paz que sobrepasa el entendimiento, dirección divina, puertas abiertas que nadie puede cerrar. El mismo Cristo que te salvó te ha hecho útil, te ha levantado como testigo vivo de Su poder, como siervo que sirve no por obligación, sino por gratitud. Y ese servicio, aunque muchas veces cansado, aunque a veces incomprendido, nunca es en vano.

Lo que haces hoy para la gloria de Dios será recordado en el cielo. Cada alma a la que ayudaste, cada palabra que hablaste, cada acto de amor, cada paso en obediencia, cada noche de oración, cada victoria sobre la tentación, cada día sobrio vivido para Cristo… todo está guardado delante del Señor. Nada se pierde; nada se desperdicia. La vida que antes era destrucción ahora es siembra. Y el que siembra para el Espíritu, cosechará vida eterna.

El mensaje final de este libro no es solo una conclusión, es una invitación: permanece en la luz. No regreses al Egipto del cual fuiste rescatado. No envidies la sombra después de haber visto el resplandor del rostro de Cristo. Camina firme, crece en la obra del Señor, sirve con alegría, lucha cada día con la armadura de Dios, y mantén tus ojos puestos en la recompensa que te espera.

Porque para el cristiano que fue salvado de las tinieblas y trasladado al Reino del Hijo, el camino no termina aquí. Esto apenas es el principio. Lo mejor está por venir. En el cielo te aguarda Aquel que te amó cuando nadie más lo hizo, Aquel que restauró lo que tú habías destruido, Aquel que nunca te soltó. Allí oirás las palabras que tu corazón anhela:

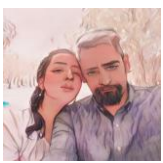
“Bien, buen siervo y fiel… entra en el gozo de tu Señor.”

Ese será el cierre perfecto de tu historia… y el comienzo de tu eternidad.

INTRODUCCIÓN

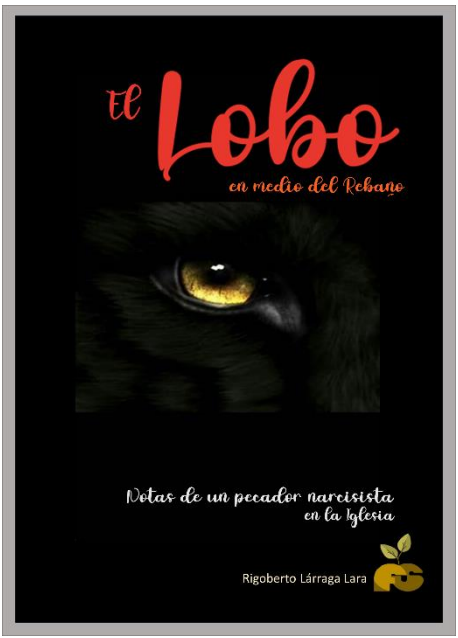
RESEÑA DE LOS AUTORES

Dr. Rigoberto Lárraga Lara, nacido en la Cd de México, Arquitecto, Doctor en ciencias ambientales, Pastor evangélico, fundador de Ministerios HC, Aslan, Hombres Valientes héroes de la Fe, Mujeres virtuosas, IIDC, Pastor de la Iglesia Frutos de Salvación, Casado con tres hijos, Director fundador de la Comunidad Terapéutica Cristiana CASA DE REDENCION Y ESPERANZA AC, Autor de 27 libros con temas cristianos.



M. Psic. Benny Briseida Lárraga Lara, nacida en la Cd. de México, Psicóloga clínica, 23 años de experiencia en terapia familiar y terapia especializada en adicciones, Terapeuta en la comunidad Vidas en Rescate AC, cofundadora de Frutos de Salvación AR. y la Comunidad Terapéutica Cristiana Casa de Redencion y Esperanza AC, Coautor de 8 libros con temas cristianos desde el 2012.

Nota: recomiendo otros libros de los Autores que puedes encontrar y descargar de forma gratuita.

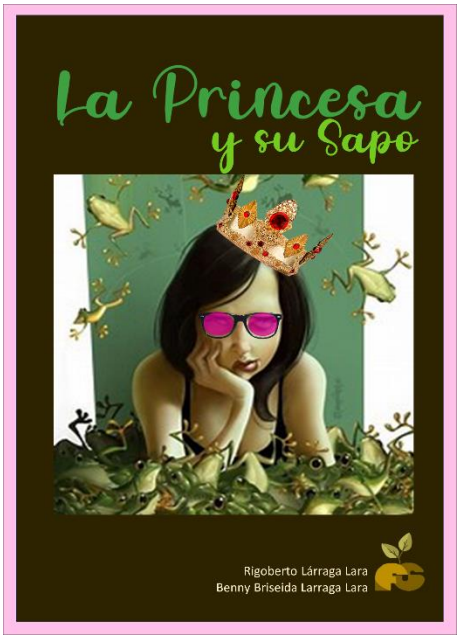

El Lobo
en medio del Rebaño
Notas de un pecador narcisista
en la Iglesia
Rigoberto Lárraga Lara

Prólogo

INTRODUCCIÓN

"Jesucristo es El Buen Pastor, quién da su vida por sus ovejas", no existen palabras más veraces y esperanzadoras para su iglesia que estás.
Jesucristo es dueño de la iglesia, él la edifica día a día, la cuida, la protege, tiene cuidado de ella. Aún con todo, la Biblia nos advierte de días malos, que traen persecución, tribulación y angustia a los creyentes, sin embargo, al mismo tiempo Jesús promete estar con nosotros.
La aflicción y la prueba siempre nos hará más fuertes, nos promoverá a niveles superiores, siempre y cuando estemos tomados de la mano de Jesucristo decidamos correctamente y nos mantengamos firmes en la fe.
Pablo nos advierte, qué en los postreros días habrá hombres amadores de sí mismos, lobos rapaces cuya intención será abusar, dispersar y destruir la fe del rebaño, con el único objetivo de alimentar su ego, su vanagloria, cumplir su agenda personal a costa de pisotear, y criticar a su prójimo, sin piedad, ni misericordia, carentes de empatía y llenos de soberbia y maldad.
Ante tan advertencia no queda más que dos cosas primero tener los ojos abiertos y **no permitir el abuso de un narcisista en la iglesia**, cuando lo permitimos hacemos que el narcisista peque contra Dios y su iglesia, nos convertimos en sus cómplices.
En segundo lugar cuando ya ha sucedido, cuando un narcisista encubierto tomó liderazgo y su acción abusiva y tóxica que está lastimando a la iglesia y se ha descubierto su pecado, será necesario tomar decisiones correctas, sabias y tendidas para no permitir que continúe su abuso.
Este no es un tema sencillo de tratar, el Autor presenta algunas notas que permitirán tener elementos básicos para tomar decisiones. Nuestra confianza está, en que cada creyente cuenta con la ayuda sobrenatural del Espíritu Santo. Dios nos guía a toda verdad, nos restaura y nos da la templanza necesaria para salir victoriosos. Recomiendo este texto a todo creyente entendido de los tiempos en que vivimos, deseando que sea de edificación.

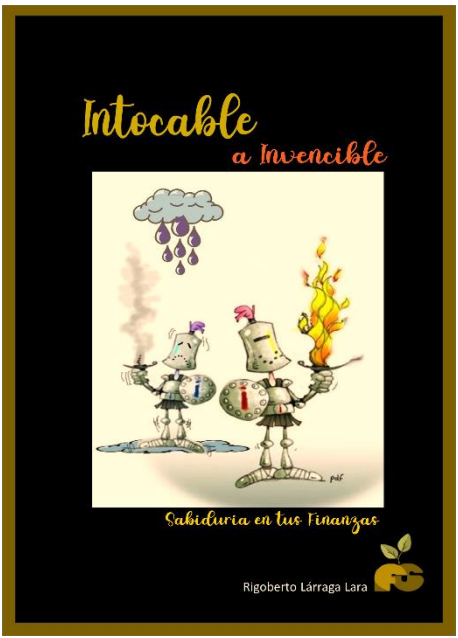
Descarga gratuita
https://www.researchgate.net/publication/361298077_El_Lobo_en_medio_del_rebano


La Princesa
y su Sapo
Rigoberto Lárraga Lara
Benny Briseida Larraga Lara

INTRODUCCIÓN

Cuanta necesidad hoy y siempre de sabiduría en nuestras decisiones. Vamos por el mundo siguiendo corrientes de pensamiento aunque estas no siempre nos lleven a un destino seguro. Dios nos permite elegir siempre entre distintas opciones, las cuales marcan la dirección de nuestro destino. Es imprescindible que nos conduzcamos sabiamente, pensando antes de actuar, elegir o hablar, pues todo traerá resultados a favor o en contra. En un mundo tan lleno de apariencias el estar alerta nos protegerá del engaño y el fracaso. Cuando vas a elegir un trabajo pones en la balanza los pros y los contras para evaluar, lo positivo y lo negativo; con mucha más razón el tema que este libro aborda, la elección de pareja, pues este impactará por siempre tu vida o la de tus hijos. Seas tu padre o hija necesitarás ayuda en tan difícil empresa ya que como hunamos estamos limitados al no conocer las intenciones del corazón de nuestro prójimo. Necesitamos la ayuda poderosa de Jesús, el Maestro por excelencia y quien no nos hará fallar. En este libro elegir que ha sido inspirado y guiado por Dios, no encontrarán solo los principios que protegerán a una princesa en el tiempo de pareja, sino prevendrá a las chicas antes de tomar decisiones y podrán corregir el rumbo de aquellas que están involucradas en relaciones nocivas ¡! Nuestras princesas merecen lo mejor!! Como padres anhelamos lo mejor para ellas, por lo cual habremos de sembrar desde temprana edad sabiduría en sus corazones tiernos formando en ellas un carácter maduro. El Creador, autor y consumidor de la vida llevará a las princesas a la victoria. Los autores, inspirados por Jesucristo, te ayudarán a adquirir sabiduría y protección; te llevarán de la mano en la búsqueda de una mejor calidad de vida para que logres tus sueños, no basada en fantasías sino en realidades. Te ayudará a que tengas de tu lado a quien sabrás darte honra para que los demás te honren, a JESUS quien te AMA

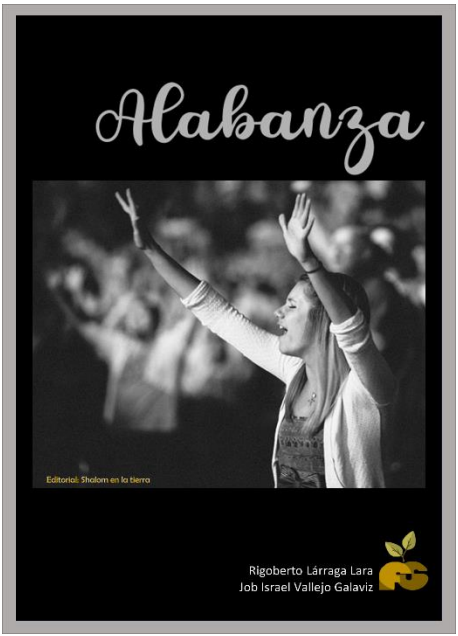
https://www.researchgate.net/publication/360023725_LA_PRINCESA_Y_SU_SAPO


Intocable
a Invencible
Sabiduria en tus Finanzas
Rigoberto Lárraga Lara

INTRODUCCIÓN

Este libro ha sido en mi experiencia personal como un faro de esperanza en el mar obscuro de una desesperación casi total. 2009 fue un año muy difícil en cuestión financiera para México y el resto del mundo, y mi familia no pudo escapar de esta crisis. Después de la pérdida del empleo de mi esposo nos fue preciso dejar casa, escuelas, amigos, esto fue complicado y doloroso para toda la familia, lo vivimos como una prueba de supervivencia, donde fue necesario descubrir un nuevo camino para superar el desafío de adaptarnos a una nueva vida. ¿Cuál es el papel que juega el dinero en la estabilidad física y emocional de la familia? ¿Sobre qué están fundadas tus fortalezas? ¿Qué es lo que sostiene en los tiempos difíciles? ¿Eres un invencible o un intocable? Rigoberto desde niño ha sido un buen escuchador, un alumno continuo y un estudiante perpetuo. Siempre está haciendo preguntas, hurgando en el cerebro de las personas como si quisiera devorar la comida de un solo bocado. Lo admiro por tratar de hacer lo que dice, verdaderamente trata de vivir todos los principios que enseña y en los cuales cree. Esto no es fácil. Es un hombre integro sin mañas, tiene un sentido poco común de humildad, cambia y suaviza su corazón y el de la gente que le conoce. Es un idealista (lo cual puede ser una bendición o una maldición). Su idealismo inspira y motiva, nos hace querer lograr y superarnos. También es un luchador. Cuando intentas vivir en lo que crees, comienza una lucha, para lo cual, se requiere de toda la energía, el talento, el deseo, la visión y la determinación que se puedan reunir. Las cosas que realmente son importantes necesitan tiempo, pensamiento, planeación y prioridades, para esto, se tiene que trabajar en ello y hacer sacrificios, se tiene que tener voluntad para hacerlo y pagar su precio. Tener una familia hoy en día es una tarea difícil, hay más presiones pues la vida es más rápida, y es necesario crear habilidades de adaptación continuamente y tener los recursos físicos y espirituales que se requieren para no solo atravesar las crisis, sino salir fortalecido de ellas. En este libro encontraras una excelente propuesta de desarrollo espiritual que te permitirá comprender lo que una persona

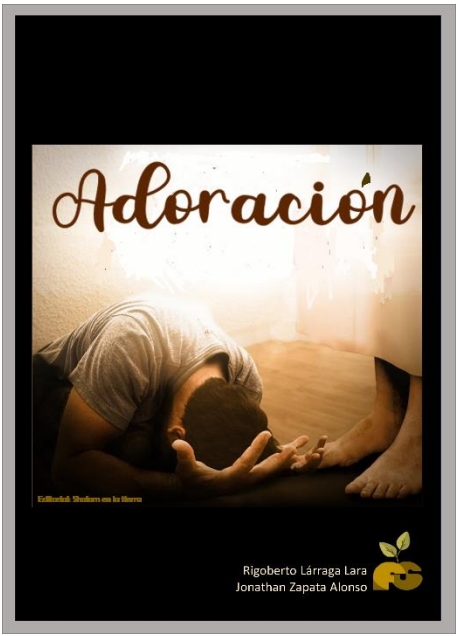
https://www.researchgate.net/publication/360023551_De_Intocables_a_Invencibles


Alabanza
Editorial: Shalom en la tierra
Rigoberto Lárraga Lara
Job Israel Vallejo Galaviz

INTRODUCCIÓN

En nuestros tiempos existe una diversidad y abundancia de música en las congregaciones cristianas, lo que se ha convertido en un fenómeno digno de estudiar, analizar, evaluar y definir. En este siglo como ningún otro el mover de la música cristiana se ha extendido y formado parte de la distinción e imagen de muchas congregaciones. Es preciso resaltar que este libro no pretende rechazar, ni discriminar, ni criticar, ni juzgar a ninguna persona que ha sido inspirada para cantarle a Dios. Tampoco indagaremos en las intenciones y motivos comerciales y económicos de la industria disquera, y como sea prostituido el producto para tener logros financieros por encima de los principios y valores cristianos de los cantautores. No entraremos en el debate de juzgar el origen de los distintos ritmos de música, sí se considera o no alabanza a Dios la música con ritmos de origen pagano, ese debate deberá darse, pero no en este texto. No analizaremos la música cristiana en general, ni ninguna de sus expresiones que dan testimonio del amor y gozo hacia Dios, ninguna expresión de experiencias personales íntimas, individuales en el caminar cristiano y no lo haremos en este libro, por qué queremos enfocarnos a la alabanza que entonamos a Dios dentro de las congregaciones. El estudiar la música cristiana en general será motivo de otros análisis, por el momento solo pongo en claro que la música cristiana tiene su lugar, su importancia, propósito y es digna de existir, siempre será mejor consumir música cristiana de calidad, que consumir basura musical del mundo. Tampoco hablaremos de la música "Blanca", definida como aquella música con propósito de ser utilizada en las congregaciones. Música cuya característica principal es hablar de cosas hermosas; habla del amor, habla del gozo, habla de la libertad, habla de cosas y emociones que nos identifican a los hijos de Dios. Cualquier persona puede cantarlas sin comprometerse con nada, ni nadie, la música blanca no habla de Cristo, y sus atributos, Su carácter, ni quiénes somos en él, en pocas palabras es música "blanca" que se acomoda en cualquier lugar y en cualquier momento. No hablaremos del ministerio de alabanza, su liderazgo, sus normas, sus reglamentos internos, todo esto es necesario revisar, analizar, definir, sin embargo, son materia de cada denominación, organización o iglesia local, la diversidad de estilos y formas hacen difícil generalizar nuestras observaciones al respecto. Por último, no hablaremos de canciones cuya letra declaran herejías, las cuales están cargadas de errores doctrinales, música de autores que abandonaron la fe para enseñar doctrinas de demonios y no hablaremos de ellas, porque por definición no es Alabanza a Dios, por el contrario, son una blasfemia que desagrada a Dios.

https://www.researchgate.net/publication/366919572_Alabanza

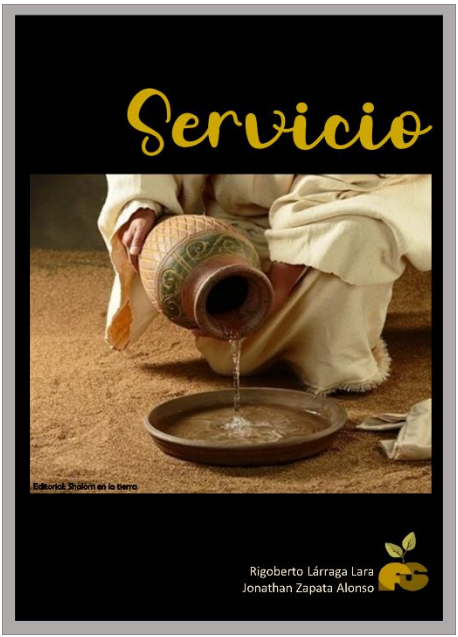

Adoración
Rigoberto Lárraga Lara
Jonathan Zapata Alonso

INTRODUCCIÓN

La adoración a Dios es una doctrina fundamental de la Iglesia, Jesucristo puso énfasis en practicarla correctamente. Por ello, la importancia apremiante de reflexionar sobre ella. Se han escritos libros, manuales, estuDios, se han editado videos y tutoriales. Los autores de este libro hacen una reflexión de sus bases y la práctica de esta doctrina en la vida diaria del creyente. Haciendo a un lado las distorsiones que de ella se ha hecho en las últimas décadas, rescatando pasajes históricos de héroes de la Fe, que nos enseñan la verdadera adoración a Dios la cual es en espíritu y en verdad. Al mismo tiempo que conceptualizan valores e ideas sobre el tema. Este libro no es una receta más de pasos a seguir. Este libro es una reflexión profunda de como vivimos los que nos decimos ser cristianos.

Puedes descargarlo gratuitamente en:

https://www.researchgate.net/publication/371006409_ADORACION


Servicio
Editorial Shalom en la tierra
Rigoberto Lárraga Lara
Jonathan Zapata Alonso

INTRODUCCIÓN

Un corazón Agradecido con Dios se desborda en servicio a su Salvador, cristo es Señor y Salvador nuestro, a él sea la gloria y el honor.

Dios llama a los Redimidos a ser útiles, fructíferos y productivos en la causa de Cristo. La vida cristiana tiene que ver con ser útiles, Jesús nos llamó luz y sal, ambos elementos son útiles para el hombre, la primera ahuyenta a las tinieblas, la segunda sazona y da sabor a lo insípido.

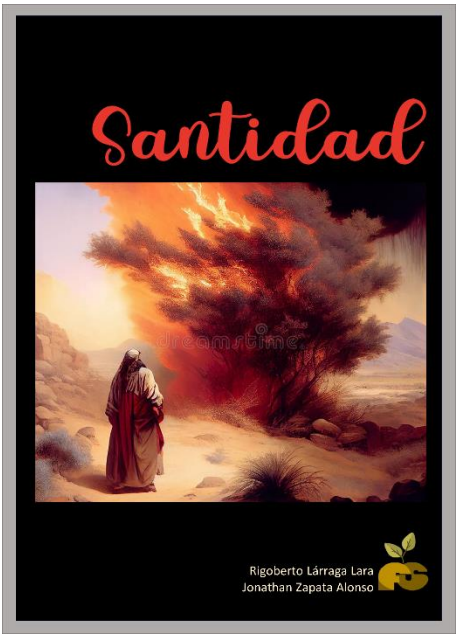
Jesús dijo que por nuestros frutos seremos conocidos. Un árbol malo da frutos malos y un árbol bueno da frutos buenos. Un cristiano es fructífero, sus frutos son de justicia, cada uno de ellos son útiles en La Gran Comisión, ir y predicar el evangelio, enseñándolos, bautizándolos, discipuladolos en las doctrinas de los apóstoles, alabando y adorando a Dios.

Los autores de este libro, te invitan a servir a Cristo apasionadamente, haciendo del servicio una norma de vida, agradando a Dios y recibiendo el gozo como beneficio invaluable.

Porque somos hechura suya creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviéramos en ellas, Dios ha preparado buenas obras con su fuerza y poder para que andemos en ellas, ser útiles en la obra del Señor traerá gran recompensa.

Descárgalo gratuitamente:

https://www.researchgate.net/publication/371868435_SERVICIO


Santidad
Rigoberto Lárraga Lara
Jonathan Zapata Alonso

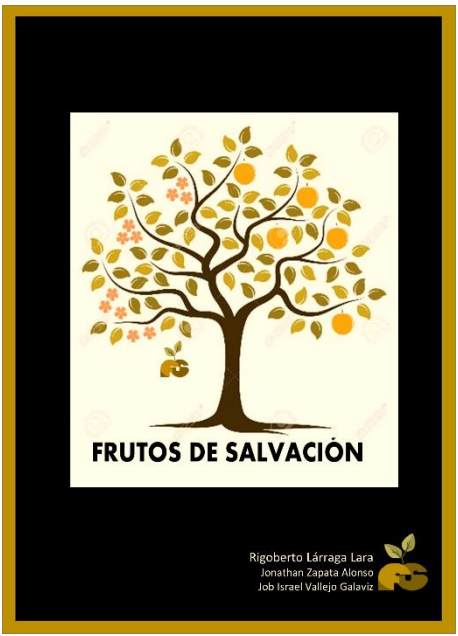
INTRODUCCIÓN

Enfrentamos tiempos difíciles donde es necesario definirnos y diferenciarnos del mundo que se corrompe. Por lo anterior los Autores proponen cuatro conceptos que definen el carácter de un cristiano: Alabanza, Adoración, Servicio y Santidad. Un Creyente alaba a Dios nuestro Salvador; le adora en espíritu y verdad; sabe servirle como solo Él es digno; y vive en santidad agradándole en todo. Lo anterior es obra del Espíritu Santo en la regeneración del creyente y da testimonio del poder transformador del evangelio. Te invito a leer este desafiante libro que será de edificación a tu vida cristiana.

Benny Briseida Larraga Lara

DESCARGAR GRATIS

https://www.researchgate.net/publication/371831899_FRUTOS_DE_SALVACION_EL_CARACTER_DEL_CRISTIANO


FRUTOS DE SALVACIÓN
Rigoberto Lárraga Lara
Jonathan Zapata Alonso
Job Israel Vallejo Galaviz

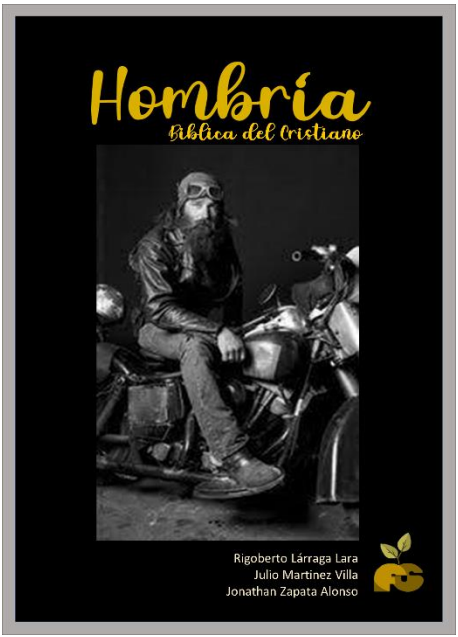
INTRODUCCIÓN

Enfrentamos tiempos difíciles donde es necesario definirnos y diferenciarnos del mundo que se corrompe. Por lo anterior los Autores proponen cuatro conceptos que definen el carácter de un cristiano: Alabanza, Adoración, Servicio y Santidad. Un Creyente alaba a Dios nuestro Salvador; le adora en espíritu y verdad; sabe servirle como solo Él es digno; y vive en santidad agradándole en todo. Lo anterior es obra del Espíritu Santo en la regeneración del creyente y da testimonio del poder transformador del evangelio. Te invito a leer este desafiante libro que será de edificación a tu vida cristiana.

Benny Briseida Larraga Lara

DESCARGAR GRATIS:

https://www.researchgate.net/publication/371831899_FRUTOS_DE_SALVACION_EL_CARACTER_DEL_CRISTIANO

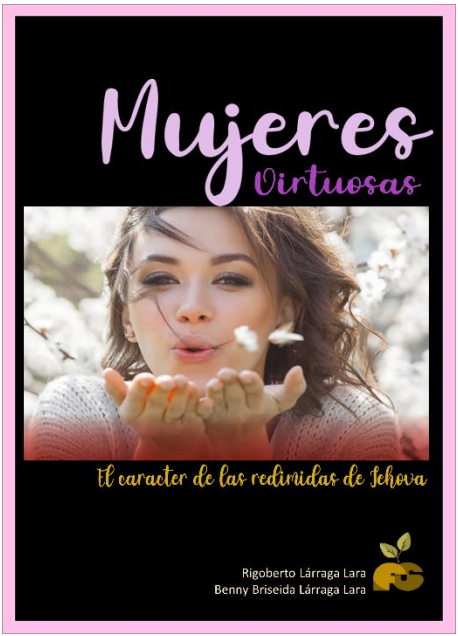

Hombría
Bíblica del Cristiano
Rigoberto Lárraga Lara
Julio Martínez Villa
Jonathan Zapata Alonso

LA HOMBRÍA BÍBLICA DEL CRISTIANO

La sociedad está pagando las consecuencias de hacer a un lado a Dios, ignorando su palabra. Los hombres se han entregado a sus pensamientos reprobados y torcidos. Considerándose sabios son necios y sus caminos son de muerte. Dios formó varón y varona, hombre y mujer los formó, no fue un defecto, no fue un error, fue lo más hermoso de su creación ya que los formó a su imagen y semejanza. Sin embargo, el pecado fue deteriorando a la humanidad y hoy cosechamos una pérdida de identidad. Hoy tenemos en demasía hombres y mujeres con carácter: débil, borroso, indefinido, gris, muy lejos de la creación original. Distorsionados por filosofías vanas, huecas. Dañando y siendo dañados por sus acciones inmaduras y torcidas. Uno de los conceptos más dañados es el de la hombría. La hombría en esta sociedad ha sido dañada por conceptos torcidos de una sociedad que está lejos de su Creador. Definamos la hombría, como las características virtuosas: físicas, intelectuales, emocionales y espirituales que definen y dan carácter a un varón. No entraremos en el juego de la " ideología de género" solo diremos que la ideología de género es un pensamiento perverso gestado en el corazón mismo de Satanás.

DESCARGAR GRATIS:

https://www.researchgate.net/publication/372525213_Hombria_biblica_del_cristiano


Mujeres
Virtuosas
El carácter de las redimidas de Jehova
Rigoberto Lárraga Lara
Benny Briseida Lárraga Lara

INTRODUCCIÓN

La sociedad está pagando las consecuencias de hacer a un lado a Dios, ignorando su palabra. Los hombres se han entregado a sus pensamientos reprobados y torcidos. Considerándose sabios son necios y sus caminos son de muerte. Dios formó varón y varona, hombre y mujer los formó, no fue un defecto, no fue un error, fue lo más hermoso de su creación ya que los formó a su imagen y semejanza. Sin embargo, el pecado fue deteriorando a la humanidad y hoy cosechamos una pérdida de identidad. Hoy tenemos en demasía hombres y mujeres con carácter: débil, borroso, indefinido, gris, muy lejos de la creación original. Distorsionados por filosofías vanas, huecas. Dañando y siendo dañados por sus acciones inmaduras y torcidas. La mujer al igual que el hombre al alejarse de Dios por causa del pecado ha torcido sus principios morales y espirituales, aunque es un hecho que las mujeres en mayor porcentaje buscan más a Dios que los hombres, también es un hecho que en las últimas décadas una llamada ola verde está creciendo en Latinoamérica y Europa. Mujeres que en un grito de revolución están desbocando sus pasiones carnales.

DESCARGAR GRATIS:

https://www.researchgate.net/publication/373680815_MUJERES_VIRTUOSAS_El_caracter_de_las_redimidas_de_Jehova

MARK2
JÓVENES RADICALES
Rigoberto Lárraga Lara
Benny Briseida Larraga Lara

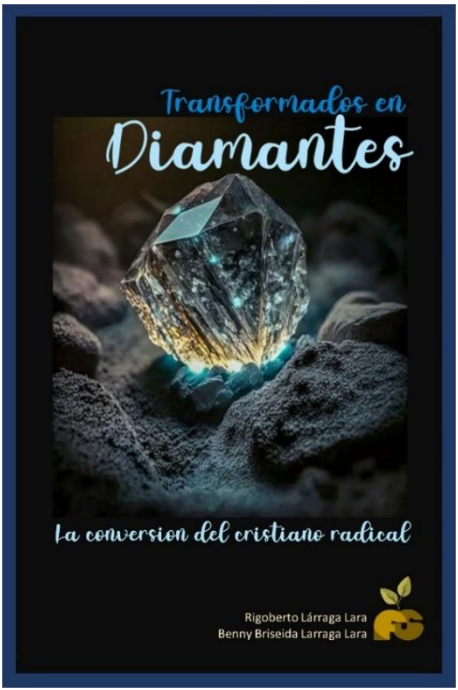
INTRODUCCIÓN

¡Amo a los jóvenes! Sí, soy de esas extrañas personas que ama la juventud, y no sólo los amo, ¡creo en ellos!, algo aún más raro hoy en día, cuando las expectativas se van haciendo menos con cada generación, degradándolas, poniéndoles nombre o etiquetándolas en una letra, pero yo no, yo creo en ellos, veo el gran potencial que tienen y espero con esperanza que cumplan su misión en este mundo. Muchos me cuestionan siempre acerca de esto, por qué no me canso de creer en los jóvenes, aún cuando fallan, cuando nos dan la espalda después de haber invertido tiempo en ellos… es simple, ¡¡¡creo lo que Dios dice de ellos!!! En 1ª. Juan 2:14 dice: Les he escrito a ustedes, jóvenes, porque son fuertes, la palabra de Dios permanece en ustedes, y han vencido al maligno. ¡Los jóvenes son fuertes y si permanecen en la Palabra de Dios vencerán todo lo que tengan por delante!!! Claro, llegar a ser uno de estos jóvenes requiere formación, sobre todo de carácter, y es ahí donde entra este libro, que más que un libro es un manual práctico de cómo ir forjando ese carácter cristiano en cada una de nuestras vidas, no será fácil, pero las victorias no son de los flojos, ni de los endebles, ni de los que dudan, mucho menos de los que no creen, las victorias son de aquéllos que las trabajan y ponen todo su empeño en ello, así requiera a morir a sus propios deseos, someter su mente a la mente de Cristo y creer Sus promesas más que las mentiras que dice el mundo, aceptar que estamos en este mundo pero que no somos del mundo, por lo tanto deciden vivir en lo sobrenatural de Dios, guiados en todo momento por su mejor amigo, el Espíritu Santo, sí, éstos son los jóvenes que yo veo cuando voy caminando, en una plaza, en una

reunión, no importa si ellos en ese momento no han creído en quién son ellos, yo los veo así porque Aquél que los creó los ve así!!! El los formó y sabe el potencial que tienen, solo es cuestión de que lo creas tú también. Te invito a inspirarte con los grandes ejemplos que aquí se mencionan, personas jóvenes como tú, ordinarias, que nunca se imaginaron a dónde llegarían, menos en las circunstancias en las que nacieron o se fueron dando, pero que creyeron en Dios y en lo que El decía de ellos y cumplieron su propósito. Ahora mismo, si tú estás leyendo este libro, quiero decirte que creo en ti, creo lo que puedes lograr si le crees a Dios, agárrate fuerte de Su mano y pídele que no te suelte hasta ver Su carácter en ti… ya estás dando el primer paso, leer este libro, ahora conviértelo en tu primer victoria al no dejarlo a la mitad, sino terminarlo e ir poniendo en práctica cada uno de los puntos aquí tratados para tu formación. ¡Prepárate para la nueva persona que serás y lo que llegarás a alcanzar

DESCARGAR

https://www.researchgate.net/publication/372991106_Marcados_jovenes_radicales


Transformados en
Diamantes
La conversion del cristiano radical
Rigoberto Lárraga Lara
Benny Briseida Larraga Lara

INTRODUCCIÓN

Hoy en día, la sociedad está sumergida en un mundo material, de autosuficiencia, llena de orgullo por alcanzar logros tanto académicos, políticos o incluso ministeriales. Nos enfrentamos ante un cambio y roles generacionales, que cada vez se pierden las reglas de disciplina y devoción por Dios. Las nuevas generaciones, están listas para protestar de cosas sin sentido y les es indiferente la ideología de género, mientras que defienden los movimientos feministas y proaborto. Las nuevas generaciones, son un fragmento de la sociedad, están inmersas en las redes sociales y lejanos a las necesidades reales de la sociedad, sin saberlo, son participes del plan maligno de Satanás. El autor destaca la importancia del proceso de una persona hasta que se convierte en un cristiano radical, que a parte de haber nacido de nuevo, es fiel en lo poco, se mantiene en santidad, que da la espalda a su pecado, se congrega, es generoso, procura vivir en integridad, se bautiza, es dependiente de la unción del Espíritu Santo cada día, modela un cambio total en su manera de ser y de vivir, le entrega su voluntad y su servicio a Dios, y en casos específicos llama a algunos para servir de tiempo completo en su obra en la localidad donde vive o hasta lo último de la tierra. El autor del libro ha pasado todos esos escalones hasta llegar a ser un radical. Ser cristiano radical es un estilo de vida, de renuncia a lo que el mundo ofrece como éxito y se aferra a la bendición de Dios, la cual, enriquece en lo espiritual y no añade tristeza con ella.

DESCARGAR GRATIS

https://www.researchgate.net/publication/374002202_TRANSFORMADOS_EN_DIAMANTES_La_conversion_del_cristiano_radical

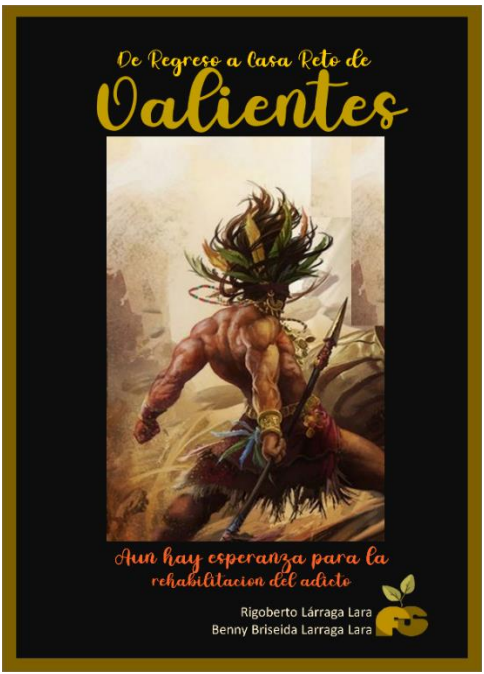
Dulce refugio en la Tormenta
Salmo 91
Donde habitar si mi hijo es esclavo de las drogas
Rigoberto Lárraga Lara
Benny Briseida Larraga Lara

INTRODUCCIÓN

Vivimos tiempos difíciles, violencia, drogas, rebeldía, desintegración familiar, nos hemos alejados de Dios Y vivimos las tinieblas de una sociedad Sin temor a Dios. En un tiempo en que el mensaje del evangelio es el mensaje de Esperanza que trae consuelo, paz y salvación. Cristo Jesús es nuestro "Dulce Refugio en la tormenta". Cristo es Dios, pero también un lugar donde habitar. Él es una habitación dulce, un refugio donde estamos seguros.

DESCARGAR GRATIS

https://www.researchgate.net/publication/374001516_Dulce_Refugio_en_la_Tormenta_donde_habitar_si_mi_hijo_es_esclavo_de_las_drogas


De Regreso a Casa Reto de
Valientes
Aun hay esperanza para la
rehabilitacion del adicto
Rigoberto Lárraga Lara
Benny Briseida Larraga Lara

INTRODUCCIÓN

Nos encontramos en un Mundo donde abunda la maldad, parte de ella es derivada como consecuencia del alcoholismo y drogadicción en aumento. La drogadicción, no podría existir sin una industria como tal con: producción, transporte, comercialización y la corrupción de algunas autoridades. El consumo de substancias adictivas, afecta de forma terrible a la persona adicta y a sus familias, destruye su salud, su economía, la paz intrafamiliar, llega a ser una sentencia de muerte, para los que les rodean. Hay esperanza para aquellos valientes que tomen la firme decisión de dejar y superar tanto las drogas como el alcohol. Los autores, en 8 pasos, abordan el camino que lleva a Cristo, quien da fortaleza, retorna la autoestima y provee una nueva vida, que guía a pedir perdón y aprender a perdonar, e iniciar un camino interminable de comunión con Cristo por medio de la oración. Refugiarse en Cristo evitará recaídas, los valientes debemos buscar estar cubiertos con las plumas de Dios, y morar bajo de sus alas. Te invito a leer este libro y a dar los pasos en tu recuperación.

https://www.researchgate.net/publication/374332031_De_regreso_al_hogar_reto_de_valientes_aun_hay_esperanza_para_el_alcoholico-drogadicto

Hay
Esperanza
Cristo es la respuesta
al mundo de las adicciones
Rigoberto Lárraga Lara
Benny Briseida Larraga Lara

INTRODUCCIÓN

México es un país joven, el grueso de la población tiene entre 15 y 35 años, lejos de Dios la juventud se ha extraviado y vive vidas ingobernables. El pecado, los malos hábitos y los complejos hacen de los caminos del joven caminos de muerte. Materialismo, libertinaje sexual, idolatría, humanismo, perversión, drogadicción, conduce nuestras vidas entre las tinieblas haciéndonos caer cada vez al estar ciegos a la verdad, somos esclavos de nuestra necedad. De manera incipiente, no obstante aterrador, México tiene 4.5 de personas adictas a una sustancia psicoactiva, nociva, y destructiva. Además, 20 millones quiénes tienen problemas severos con el alcoholismo. Prisiones que torturan y destruyen las buenas costumbres, terminan con los matrimonios, arrastran por los suelos el autoestima de los hijos y avergüenzan de culpa a los padres. Las drogas ilegales son un Verdugo que tortura las conciencias de muchos, pero pocos hacen algo para contenerlas, es un gigante que arrastra y hace escarnio de sus presas. Un Depredador que los arrastra y los hace guiñapos, los empuja a la prostitución, al robo, la mentira, la soledad, la depresión, la manipulación, la delincuencia, el

asesinato y en ocasiones el suicidio. El alcohólico drogadicto es un huracán que destruye todo a su paso y que con el tiempo crece y crece sin límite, aumentando su poder destructor. En este punto, se ha llegado a la desesperanza, al desánimo, el miedo se convirtió en terror, nos congelamos cuando el monstruo llegó a nuestro hogar y nos tiene presos, aterrorizados, inmóviles, secuestrados, la vida se oscureció. El adicto ya no vive, hoy es un muerto que camina y está destruyendo todo lo que más ama. ""Ante esta de reflexión abrumadora y desalentadora, te invito a leer este libro " hay esperanza: Cristo es la respuesta al mundo de las adicciones"

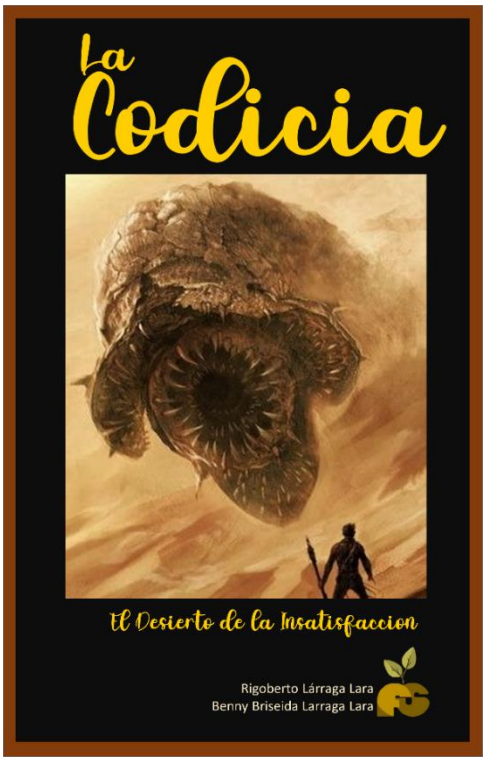
https://www.researchgate.net/publication/374381077_HAY_ESPERANZA_Cristo_es_la_respuesta_al_mundo_de_las_adicciones

¿A quién le dan
pan que llore?
Adulterio
el pan que te hara llorar amargamente
Rigoberto Lárraga Lara
Benny Briseida Larraga Lara

INTRODUCCIÓN

Existe un refrán que dice" a quién le dan pan que llore" una expresión muy cargada de connotaciones sexuales y falta de dominio propio. El adulterio es un pan que al comerlo te traerá destrucción, dolor y llanto. Las consecuencias son permanentes y el sufrimiento es amargo. En México el 68% de los cónyuges han cometido adulterio, provocando en la mayoría de las veces divorcios cuyo índice en el año 2023 fue de 33 divorcios de cada 100 matrimonios, la separación de un matrimonio no es la única consecuencia, también el adulterio destruye vidas, destruye esposas, esposos, hijos, destruye padres de ambos, destruye abuelos, sobrinos, destruye familias enteras. El adulterio genera abandono. El abandono genera pobreza, miseria, frustración, amargura, engendra odio, en un extremo genera asesinos y suicidas. El adulterio es aborrecido por Dios, razón por la cual es uno de los diez mandamientos de su ley. El adulterio causa gran dolor y amargura, Dios nos advierte de las consecuencias, Dios no quiere que suframos, si ya lo experimentamos busquemos perdón en Cristo Jesús salvador nuestro, si no lo hemos practicado, estemos advertidos, alertas, cuidemos nuestros pies de no tropezar, huyamos de la trampa mortal. Por último, enseñemos a nuestros hijos, a ser fieles y a no cometer adulterio, hagámoslo desde temprana edad para que cuando sean adultos sean hombres y mujeres fieles a Dios y a sus cónyuges. Te invito a leer este libro que reflexiona en tan grande mal que corrompe nuestra sociedad.

https://www.researchgate.net/publication/375182764_A_QUIEN_LE_DAN_PAN_QUE_LLORE_ADULTERIO_El_pan_que_te_hara_llorar_amargamente


La
Codicia
El Desierto de la Insatisfaccion
Rigoberto Lárraga Lara
Benny Briseida Larraga Lara